EL COJO ILUSTRADO

Año XIX — 1º DE FEBRERO DE 1910 — Nº 435

PRECIO
Suscripción mensual.....B 4
Un número suelto.....B 2

DIRECTOR:
J. M. HERRERA IRIGOYEN
Empresa El Cojo — Caracas — Venezuela

EDICION QUINCENAL
Dirección: J. M. Herrera Irigoyen & Ca.
Este 4—Número 14
Caracas — Venezuela
NO SE DEVUELVEN ORIGINALES



Alexis VOLLON: Pierrot poeta



PIERROT ENAMORADO

Dibujo de Federico BRANDT

COMEDIA ITALIANA

Personajes: COLOMBINA *y* ARLEQUÍN

ESCENA PRIMERA

COLOMBINA (*canta*)

La, la, ra lá... Estoy tan alegre, que hoy no quisiera hablar, lo cantaría todo. Esta mañana en la iglesia no pude rezar palabra, hubiera bailado al compás del órgano; cuando volví á casa besé á todos mis santos para que me perdonasen. Tengo dieciocho años, soy bonita, tengo un amante que me adora y otro á quien adoro, un cofrecillo repleto de escudos y joyas y otro de cartas amorosas, flores secas y mil baratijas....Es Carnaval y el día está hermoso. ¿Puede pedirse mayor felicidad? El que me adora, me envió ayer mil escudos, un joyel de diamantes y la grata nueva de que se hallaba con ataque de gota que le impediría salir á la calle en todo el Carnaval: el que yo adoro me envió esta mañana un manojo de rosas y aviso de que vendría á buscarme para ir juntos al baile del señor Polichinela...No habrá otra más hermosa que yo ni mejor prendida...¡Diamantes y rosas! Los diamantes entre las rosas imitarán el rocío...Es un rocío que me compensa de muchas escarchas...¡Pobre señor Pantalón, cómo se acordará de mí estos días! Yo no quiero acordarme...! De mi Arlequín toda! ¡De mi Arlequín de mil colores, que hace de la vida perpetua mascarada y como su traje de mil colores, viste su espíritu con fantasía caprichosa, como riquísimo ópalo donde juega la luz y travesea con irisada risa! ¿Qué burlas no habrá discurrido para divertirme? A mi costa será alguna de ellas... ¡Si pudiera ganarle por la mano!... ¿Qué intentaría yo?... ¿Escaparme sin él y cambiando tres ó cuatro disfraces darle broma en el baile? ¡Bah! Me conocería en seguida. ¡Cambiar de traje, de careta!... Eso se le ocurre á cualquiera... ¡Ah! Ya dí con ello. Me disfrazaré, le daré broma, pero mi careta será espiritual; vestiré el alma de máscara...

ESCENA SEGUNDA

COLOMBINA y ARLEQUÍN (*disfrazado de Pierrot*)

ARLEQUÍN

¿Que no vienes al baile? ¿Es verdad lo que oigo, Colombina?

COLOMBINA

¿Al baile? Temía verte, porque dudaba de que fuera tan firme mi propósito. Pero el cielo es piadoso conmigo y tu presencia, tus palabras, ni siquiera como tentación me conmueven. Te oigo como desde otro mundo.

ARLEQUÍN

¿Qué lenguaje es ése, Colombina? No te comprendo.

COLOMBINA

Escucha. Ayer, cuando nos separamos, entré por curiosidad al convento de franciscanos. Había muchas carrozas á la puerta, de señoras y encopetadas. La iglesia estaba atestada de gente. Perfume de exquisitas esencias y sofocante vaho de miserables harapientos, me sofocaban confundidos. Bien pronto, sobre todos ellos, percibí penetrante el aroma del incienso; las notas del órgano...más que sonidos de fuera, sonaron dentro de mí como armonía de mi alma, lamento profundísimo exhalado por mí. Sentí, lo que se siente cuando entre palabras y palabras una frase de amor llega al alma. La caricia de lo sublime, que al cuajar la sangre en las venas, es como si cuajara también los pensamientos agitados, en uno solo; la verdad de nuestra vida que surge entre muchas mentiras nuestras, como de los jirones luminosos del manto de la aurora, surge por fin el sol al rayar el día. Mentiras coloreadas por la luz de la verdad, eso era mi vida; hoy resplandece en ella el sol.

ARLEQUÍN

¿Perdiste el juicio, Colombina? Te escucho absorto. *(La da un beso. Colombina se turba).*

COLOMBINA

Aparta, aparta...¿No has oído nunca predicar al padre Leandro?

ARLEQUÍN

¿Ese frailecillo que trae revuelta la ciudad con la fama de sus conversiones y de sus milagros?

COLOMBINA

No es un hombre de este mundo. El cielo habla por él, no son palabras las suyas; ni el amor, ni la música, ni el llanto imprimen con tal fuerza las palabras en el corazón. Son oleadas de amor divino... Mi alma purificada sólo á Dios pertenece desde ayer. Tu Colombina ha muerto...

ARLEQUÍN

¿Colombina muerta para mí, mientras Colombina viva? Nó, si Colombina ha muerto para mí, tú no eres Colombina. Pero lo eres; estás entre mis brazos y eres mía; tu amor puede transformarse, engrandecerse, pero mi amor siempre irá contigo... *(Besándola con pasión).*

COLOMBINA

¡Arlequín!



Alexis VOLLON: Pierrot celoso

ARLEQUÍN

Si no es posible... Tú, mi alegría; tú, mi amor... Mi Colombina color de rosa, amanecer eterno de mi alma, sin tristezas, sin sombras... Tú renunciar al amor, al amor que es mi vida y esencia de la tuya....Pues si es pecado que me des tu cariño, pecado es que las flores me den fragancia; si eso eres tú, flor de los amores con besos por fragancia, y si tú pecas al besarme, el infierno debe estar alfombrado de flores... *(La estrecha entre sus brazos).*

COLOMBINA

¡Flores de fuego! ¡Llamaradas de amores infernales!

ARLEQUÍN

Oleada de amor divino dijiste, pues llamarada de amor diabólico. Un mar son muchas gotas de agua que pueden separarse; pero la llama es una sola... Yo quiero arder contigo...

COLOMBINA

¡Arlequin!... *(Pausa conveniente).*

ARLEQUÍN

¿Una broma?

COLOMBINA

Sí... pero me has quitado bien pronto la careta...

ARLEQUÍN

Nó.. *(Presentándole un espejo).* Mira... Mi máscara de Pierrot en tu cara.

COLOMBINA *(viéndose la cara toda embadurnada de blanco).*

Ja...ja... ja... Es gracioso... Máscara por máscara... bien quitada y bien puesta...

ARLEQUÍN

Así se quita y así se pone el amor las máscaras... A besos...

JACINTO BENAVENTE.



TABURETE PARA MASCARAS

—

Del "Lunario Sentimental"

DE LA MUSA AL ACADEMICO

Señor Arcadio, hoy es la fiesta,
Es la fiesta del carnaval.
Estalla al sol como una orquesta
Toda su cháchara jovial.

Lindos están el mar y el cielo;
Fermentan sátira y tonel;
La mosca azul detiene el vuelo
En tu saliva de hidromiel.

Traza mi castañuela intrusa
Un loco vals sobre el tapiz,
Y mi ligero pie de musa
Un arco bajo tu nariz.

Mi vino es pálido y valiente
Como un hèroe, y está también,
El flaco pollo decadente
Frito en mi mágica sartén.

Mi sartén, reina de las ollas,
Porque es la luna—gran perol—
Donde frío como cebollas
Cráneos sabios en luz de sol.

Ven, que en la danza, las parejas
Te darán sitio principal,
Porque tus plácidas orejas
Son la mitra internacional.

—

AL JOROBADO

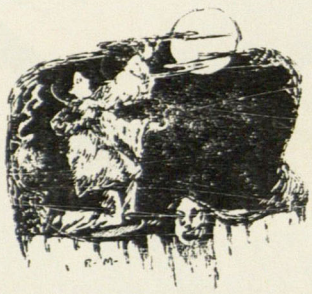
Sabio jorobado, pide á la taberna,
Comadre del diablo, su teta de loba.
El vino te enciende como una linterna
Y en «turris ebúrnea» trueca tu joroba,
Porque de nodriza tuviste una loba
Como los gemelos de Roma la Eterna.

Sabio jorobado, tu pálida mueca
Tiene óxidos de odio como los puñales
Y los dados sueltos de tu risa seca
Con los cascabeles disuenan rivales.
Tu risa amenaza como los puñales,
Como un moribundo se tuerce tu mueca.

Sabio jorobado, la pálida estrella
Que tú enamorabas desde una cornisa,
Como blanca novia, como astral doncella,
Del balcón del cielo cuelga su camisa.
Un gato me ha dicho desde la cornisa,
Sabio jorobado, que duermes con ella.

Demanda á la luna tu disfraz de boda
Y en íntimo lance finge á Pulcinela.
Pulula en el río tanta lentejuela
Para esos brocatos á la última moda,
Que en su fondo debes celebrar tu boda
Tal como un tunólogo «dandy» á la alta escuela.

—



PLEGARIA DE CARNAVAL

¡Oh luna que diriges como «sportwoman» sabia
Por zodiacos y eclípticas tu lindo cabriolé:
Bajo la ardiente seda de tu cielo de Arabia,
Oh luna, buena luna, quién fuera tu Josué!

Sin cesar encantara tu blancura mi tienda
Con desnudez tan noble que la agraviara el tul;
O extraviado en un pálido antaño de leyenda,
Tu integridad de novia perpetuara el azul.

Luna de los ensueños, sobre la tarde lila
Tu oro viejo difunde morosa enfermedad,
Cuando en un solitario confín de mar tranquila,
Sondeas como lúgubre garza la eternidad.

En tu mística nieve baña sus pies María,
Tu disco reproduce la mueca de Arlequín.
Crimen y amor componen la hez de tu poesía
Embriagadora y pálida como el vino del Rhin.

Y toda esta alta fama con que elogiando vengo
Tu faz sietemesina de bebé en alcohol,
Los siglos te la cuentan como ilustre abolengo,
Porque tú eres, oh luna, la máscara del sol.

—



A LAS MASCARAS

I

Máscara rosa ó crema,
De una ilusión en pos,
Que frustra una suprema
Gota de último adiós.

Máscara en verde ó rojo,
Losanges de Arlequín,
En que muequea un cojo
Con aflictivo esplín.

Máscara negra, en piélago
De furtivo crespón,
Cual tangente murciélago
De un biombo del Japón.

Angelicales tules
En capota «ideal».
Mascaritas azules
De alma sentimental.

Máscaras blancas, únicas
Joyas de dominó,
Bajo lunares túnicas
O chaponas Watteau.

II

Mimos de terciopelo,
Burlas del antifaz,
Labios de caramelo
Medianamente audaz.

Pobres Pierrots sin luna,
Que en crótico albur,
Desdeñan la fortuna
Papando un bol de azur.

Colombinas en crisis
Bajo turbio farol,
Asoleando sus tisis
Con barato arrebol.

Beso que en fútil salsa
Condimenta el desliz,
Precio de perla falsa
Por una hora feliz.

Crencha rubia ó castaña
Que malmuerde el carey,
Nucas gusto á champaña,
Senos al new-mown-hay.

Divergentes oboes
Sin sombra de compás;
Bizarros cacatoes
Bajo cosmos de gas.

Corazones galantes,
Que en comedia de amor
Pierden (agítese antes
De usarse) *su candor.*

Amistad espontánea
Que anticipa en el tú
La tierna miscelánea
De besos y ambigú.....

III

Casi etéreo en su tabes
Amoris causa, un fiel,
Cata finos jarabes
«A la luna de miel».

Berrea una comparsa
Su epilepsia común,
En primitiva farsa
De cafres de betún.

Ante su copa glauca,
Soñando el soñador,
Con triste faz embauca
Sus ensueños de amor.

Y haciendo al dulce fraude,
Prenda de intimidad,
La vieja luna aplaude
Desde la eternidad.

—

EL PIERROTILLO

I

Hecho un primor
De harina y miel,
Ríe á la infiel
Luna, su amor.

Para muequear
A la infeliz,
Fija el pulgar
En la nariz.

Alto un talón,
Se da el tahur
Un pescozón
Que dice ¡abur!

Un puntapié
Le manda allá,
Y se
Va...

LEOPOLDO LUGONES.



DIGITAL UCAB



Henry Paul MOTTE: Heliogábalo y sus huéspedes

ESCENA FINAL

(*Decoración marina. Un paquebote se aleja; á bordo una mujer da á la brisa su pañuelo. El novio y el rival junto á las rocas.*)

EL NOVIO.—EL RIVAL.

EL NOVIO.—(*Extendiendo los brazos hacia la mujer que saluda á bordo*) Qué solo me quedo!

EL RIVAL.—(*Acercándose*) También me quedo solo.

EL NOVIO.—(*Volviéndose al Rival*) Tú siempre lo estuviste. Ibas solo como un espectro.

EL RIVAL.—Siempre fuí con vosotros.

EL NOVIO.—Pero en espíritu ibas solo.

EL RIVAL.—Nó; en el espíritu la llevaba á Ella.

EL NOVIO.—Su corazón era mío.

EL RIVAL.—Su recuerdo será de los dos.

EL NOVIO.—No me la pudiste quitar.

EL RIVAL.—Pero el mar nos la roba ahora á ambos.

EL NOVIO.—Nunca fue tuya.

EL RIVAL.—Te engañas: yo la soñaba mía, y lo era.

EL NOVIO.—Soñar no basta, el sueño es imperfecto.

EL RIVAL.—El sueño lo puede todo.

EL NOVIO.—Da una sensación incompleta.

EL RIVAL.—Te engañas: da una sensación más completa que la realidad. Lo que llevamos en realidad nos lo pueden quitar; lo que llevamos en la fantasía es un tesoro inviolable.

EL NOVIO.—(*Convencido*). Me la robabas...(*Con sentimiento*) ¿Vienes á hurtarme también su recuerdo?

EL RIVAL.—Nó. Vengo á confundir mis lágrimas con las tuyas, á suspirar juntos su ausencia porque de los dos era. Su recuerdo será de los dos.

EL NOVIO.—Yo te odiaba.

EL RIVAL.—También te odiaba yo á ti. Ahora me reconcilio contigo. Tu pena es mía; te siento muy cerca del corazón. ¿Ves cómo es poderoso el recuerdo? Ella se aleja...

EL NOVIO.—(*Vehemente*) Sí; se aleja.

EL RIVAL.—Y mientras más distante, más nos juntamos los dos. Nos acerca el frío de soledad que nos rodea. Huyendo, nos acerca Ella.

EL NOVIO.—(*Sonriendo*) Sí, nos acerca.

EL RIVAL.—Amándonos, veneramos su recuerdo.

EL NOVIO.—Amémonos, pues. (*Se enlazan de brazos, con afecto*)

EL RIVAL.—Por Ella.

EL NOVIO.—Sí, por Ella. (*Estrechándose*)

EL RIVAL.—Hermano!

EL NOVIO.—Qué juntos! (*Marchan, fraternalmente de bracero, y dan unos pasos hacia el fondo*)

EL NOVIO.—Siempre fuiste detrás de nosotros. Y te alzabas sobre el sosiego de mi amor como una sombra amenazante...

EL RIVAL.—Cuando vuestros rostros se unían en un beso, yo me inclinaba sobre el parapeto del puente y veía en el agua vuestro beso.

EL NOVIO.—Por ti temía perderla.

EL RIVAL.—Eras un intruso que interceptaba mi amor.

EL NOVIO.—Por dondequiera que íbamos, te tropezábamos. Parecía que surgieses de la tierra.

EL RIVAL.—Eras el baluarte de mis ilusiones; la pantalla de mis deseos.

EL NOVIO.—No me dejabas en paz, te odiaba.

EL RIVAL.—También te odiaba yo á ti.

EL NOVIO.—Pensé matarte.

EL RIVAL.—También lo pensé yo. (*Avanzan todavía, ceñidos*)

EL NOVIO.—Mas, ya no podremos separarnos.

EL RIVAL.—Ya no sabríamos hacerlo.

EL NOVIO.—Ella es un recuerdo sentimental.

EL RIVAL.—Un ideal desvanecido.

El Novio.—Me recuerdas el tiempo de mis primeras ilusiones.

El Rival.—Pudiste realizar mis esperanzas: yo aspiraba á una realidad que se hizo miel de ventura sobre tus labios.

El Novio.—Y pasó como las rosas que se deshojan.

El Rival.—Una misma tristeza nos envuelve.

El Novio.—Una misma sombra se alza sobre nosotros.

El Rival.—Por Ella la amistad nos estrecha.

El Novio.—Por Ella nos unimos.

El Rival.—Sin separarnos más.

El Novio.—Ya no podremos separarnos.

El Rival.—Para unirnos está el mar que traerá su recuerdo.

El Novio.—Para unirnos está el horizonte, insinuando el misterio de su ausencia. (*El navío ha desaparecido completamente en el fondo*).

El Rival.—Más fácil que desunirnos será que el mar cambie de azul!

El Novio.—Más fácil será que estalle sin espumas! (*Ellos han avanzado lo suficiente para desaparecer también*).

JULIO ROSALES.

De «Caminos Muertos.»

EL ALMA DE FRANCISCO DE MIRANDA

A ALEJANDRO RIVAS VASQUEZ

Justicia pulcra y honda consolación es decir de los inefables en la página heráldica de la Libertad. Es piadoso interrogar la psicología de las cimas, tocadas de gloria, en este paisaje brusco donde no han de fulgurar los grandes soles memorables, idos ya para siempre tras el punzó de los ocasos inevitables. Y será siempre de provechosa belleza gloriar y analizar el prodigio y tender sobre las úlceras de la época un manto de silencio, como un terciopelo de catafalco.

Miranda es de los entes de la Independencia la vinculación más íntegra y la más docta rebeldía en el fuero de la Emancipación. Reflejo del alma hidalga y caballeresca de su época, la madre vascongada le dejó junto con el perfil heroico, la tenacidad sonriente de cartaginés que fue lírico además ante Catalina de Rusia y denuedo ateniense en Valmy, bajo la grana del gorro frigio.

Adolescente al servicio de España, capitán en Melilla, es bajo el cielo de la Península, bajo la crueldad inquisitorial, donde su alma se revistió de esa virtud ingénita de las andantes caballerías—especie de quijotismo excelso que prende en el alma del tipo superior la llamarada fulgurante. En la sombra mortal de aquellos días la luz llegó á él, como en la madrugada el rayo de sol, á la más empinada cúspide. El alma mística y feroz, mística y sensual de la España del siglo XVIII se hundió en este corazón tal como un estilete, y de esa herida, como de una rosa, brotó la sangre como un perfume, y fue desde ese día resplandor. Volviéronse hacia el Norte sus ojos negros, aquellos grandes ojos enigmáticos, y desceñido el acero, saludóle la sonrisa eglógica de Washington, bajo la bandera donde en campo de azur radia la blancura de las estrellas, la bandera de la República.

Nada es claro como la presea del caudillo sitiador de Amberes. La acusación en su virtud y para su virtud, contra su virtud, es la ovación final. La promesa de Dumouriez, en el odio de Robespierre, bajo la injusticia de una hora en que todas las ambiciones tocaban á rebato, es la frase de Chaveau-Lagarde, en el júbilo de la absolución y la prez del triunfo, sobre hombros franceses, á la luz de un sol implacable que era la sola nota gualda en la púrpura de las inmolaciones. Hubo y habrá siempre una mano de justicia venidera que sobre el asco del César epiléptico y la ruindad jacobina trazara limpio el nombre preclaro, en el mármol consagrador del arco triunfal, en la luz plena de la capital de los continentes, la maravillosa capital: París!

Hay un azar pavoroso en la vida del General Miranda que es el desolado testimonio de que toda gran justicia está desamparada y vive sola. Tres veces pasó rozando la frente del Patricio un ala fatal. La tierra martiniana conoce la insinuación, alevosa como un anónimo, tras la cual surge la figura borrosa del Gobernador Cajigal que sólo en este minuto de la vida mirandina surge á la Historia, como ciertas escamas doradas á la superficie de las aguas profundas y dormidas. La tierra volteriana sabe el solo gesto sincero que pone en la culpabilidad del Tribunal Revolucionario un hilo de luz, tal como en la pocilga una sonrisa de crepúsculo. La última vez el ala hirió demasiado brutal la amplitud de aquella frente, noble y pensativa como la de Hidalgo, en la conspiración patricida, tras la penumbra dolorosísima de la capitulación en 1812. La mano ungida de los éxitos inútiles se alargó, violenta y hostil, para empuñar nerviosa y trémula y entregar con la futura espada de Junín la vejez catoniana del grande hombre.

Miranda pertenece á los Crucificados. Tras la varonil apostura del caraqueño elegante, la lente del analista ve como tras un velo, la melancolía febril de una alucinación intensa. Hay algo profundamente triste en el alma de Francisco de Miranda. Es esa gran tristeza que pone la vida en el corazón de los sembradores de ideas que, ya en posesión de todas las misantropías humanas, tienen la fuerte virtud de colocarse sobre todos los excepticismos y haciéndose de una fe propia, secretamente dolorosa, se adelantan hacia la humanidad—admirables actores del destino—con un filtro bienhechor en las manos, llenos de una bondad donde hay mucho de desdén y de misericordia, sin ver en su torno la zarza de las villanías. Así Miranda, así todos los grandes taciturnos. La tristeza de este destino es máxima como su grandeza. Herido por todas las armas él llegó al convencimiento de que eran pecados jamás en olvido la virtud eminente, la gaya sabiduría, el convicto honor, el sereno heroísmo. Tuvo el Iniciador de la libertad sur-americana la visión cierta de la humana vileza y acaso estuvo en ello la resuelta conducta de vencerla y redimirla, comprendiendo que hasta su propio apuesto perfil castellano era un delito más. Bajo esta abnegación nazarena, casi ultraterrestre, nació en el jardín de aquella alma limpidísima la flor aurífera, como una flor de oro, de la Independencia, en el ansia de redimir siervos erguidos hoy, en actitud aciaga, como una negación menguada de la epopeya. Marchó á la lid ya ilustrado en la farándula de las conciencias, haciendo de toda la íntima angustia de su excepticismo la grandeza de su ideal, que es así como se resuelven en los ánimos luminosos las terrenas lástimas y las colectivas penalidades.

Miranda es triste en su propia gloria. La tristeza del Generalísimo de 1811 es la tristeza predestinada que forja los universos morales, la misma de Jesús, la misma de Cromwel, la misma habitual tristeza de Guillermo, el Orange taciturno y de Schubb, el puritano bravío. El mismo futuro Libertador, Don Simón Bolívar, fue un gran triste. El Azar que le impelió á la entrega del General Miranda en la Guaira, lo impelió luégo al fusilamiento del General Piar, el Moreau de la Independencia y después á la lucha de incomparables desesperaciones que lo hizo genio y lo hizo triste, como que ese Azar puso en sus nervios la susceptibilidad casi femenina de la derrota que lo impulsaba á no perdonar nunca, pero á vencer siempre. Toda alta misión reformadora, desde la misión política hasta la misión artística—desde Pericles hasta Ricardo Wagner—eleva como un nimbo esa alta tristeza inevitable. Y es que todo hombre que llega á hombrearse con el Destino, en la caminata hacia el Misterio, sabe con desgarrador sufrimiento propio, desde Moisés hasta Benito Juárez—que sólo hay y puede haber un lote de civilización, de belleza ó de ciencia, sobre un gran dolor personal y un gran holocausto colectivo.

La Europa del siglo antepasado vió de corte en corte el moño romancesco de Miranda. La casaca azul, el calzón de ante, firme el gesto, en la elegancia del porte severo, llenos los ojos de una luz extraña, correcto y altivo. Así lo vemos en el Acta de la Independencia venezolana, en 1811, al lado del Marqués del Toro, esa medalla caballeresca, mixta de Lamartine y de Bayardo. Así seguimos años más atrás su paso nobilísimo en Rusia, prendado del alma genial y excéptica de la Czarina, que al descubrir en él «la rara manía de la República» sintió nacer de su frivolidad intelectual, hecha á la rutina de la autocracia, un piadoso cariño por el viajero exótico—lirio enfermo de otoño engastado en la esmeralda plácida de una admiración generosa. Aquella alma de mujer, anciana y delicada, vió llegar á Miranda, en el crepúsculo de sus años, con todo el dolor de la etiqueta fría que debía alejarlos,



Frank DICKSEE : El hada de los bosques

y lo saludó con la sonrisa doliente con que saluda el cautivo, desde el claro obscuro, el lucero de la tarde, tímido y bueno.

El Generalísimo amó en Catalina todo su ideal, encarnado por un capricho lírico de la Bondad Invisible en un cuerpo fascinador y vibrante de gran dama. Vió en ella toda la seducción de su alta esperanza. Y bajo la magia de un sueño muy dulce fingió en la hembra absolutista de todas las Rusias la abuela cariñosa de la América republicana.

Si hubo algo personal en la conciencia de Miranda fue la quimera de su tenacidad victoriosa ante la acariciadora simpatía de la Emperatriz, en quien fingió ver el alma musical y ardiente de su ilusión libertadora.—Miranda fue el poeta de la Libertad.—Un poeta grave, lleno de visiones munificentes, que bajo este drama furtivo de amor se revela encantadoramente.—El poeta de la Libertad, sí, el más puro, el más romántico. A la Diosa del gorro legendario escribió el único soneto que trazara su pluma; y el grande soneto de su vida, toda desinterés y luz, el enorme soneto de la Iniciación, cuyo verso último se encargó de cumplir Sucre, el pálido Mariscal de Ayacucho.

Tan intensa fue su visión, tan fiel y firme su obsesión de libertador, que se armó de esa audacia peculiar de los entes pasionales y fué de lleno hacia la Quimera hecha mujer. El talento impresionable de Catalina le ha dedicado en sus *Memorias* un apunte de sugestiva admiración femenina. Bajo la fría grandeza del Kremlim se calentaron estos dos corazones superiores, el uno al otro, como dos águilas viudas. Amó mucho aquel grave espíritu, mucho. Una racha pasionaria cruzó su alma y un día su casaca azul de General se vió ennoblecida por la mano sedosa de la rusa enamorada que se posó un instante en el pecho mirandino, un minuto epitalámico, en éxtasis de alcoba, como una condecoración sideral.

Viajó luégo á Francia con dignificación nobiliaria de la Casa Imperial rusa, y para que nunca fuera olvidada su decisión entre el divino amor de la Libertad y el divino amor de Catalina, se abrazó á la Libertad platónico y firme, alzando como memoria perdurable y bella de aquel amor imposible, la Bandera tricolor, sobre el dolor íntimo de sus sueños, la Bandera nuestra, la misma heráldica de San Félix y de Ayacucho, la Bandera del gualdo, azul y rojo, gemela de la rusa, en la trinidad de los colores simbólicos.

Ningún hombre ha retratado en su odio á nuestro Miranda, como el Corso broncíneo—odioso modelo de caciques: *Este es un Quijote de la Libertad.* Ninguna clasificación tan exacta. Quijote por el ideal honorabilísimo; por el valor sereno; por el convicto honor; por el desinterés impecable; por la cumplida entereza. Quijote excelso de la misma raza moral de Hoche y de Martí, sin adarga, con espada de temple griego y genio de virtud espartana que soñaba con ese castillo de naipes encantador y huguiano que se llama la República tropical. Quijote, acaso más doloroso por su finalización injusta que el de Cervantes y por ello y por la misión mas humano que el de los molinos de viento, y más útil y más valioso.

Soñó cosas bellas el incomparable venezolano. Fue el Platón derrotado de su propia República. Sin embargo, diríase que este grande hombre hallaba un júbilo singular en la cuotidiana derrota de su espada y de su ideal. Con perseverancia de Aníbal se volvía á la época obscura y supersticiosa contra la cual libró más que contra el esbirraje español las más épicas batallas. Aun prisionero de Monteverde tuvo la sublime ceguedad de no creerse vencido, esa ceguedad extrahumana—divina autosugestión que hace escribir á *Hamlet* y realizar las Termópilas.

Si alguien tuvo derecho al desaliento fue Miranda. Acostumbrado á la carretela del Mariscal de Campo francés, al lado de los guerreros de la Re-

DIGITAL UCAB

volución no halló entre nosotros sino la peinilla soez y el guerrillero asesino. Hecho á los grandes campos de batalla, al álgebra de las estrategias, á la visión napoleónica de las inmensas líneas de combate, ilustrado en la táctica de las grandes luchas armadas, compañero de Washington y de La Fayette en el Norte, amigo de Federico el Grande, contertulio de Wellington; Jefe de Estado Mayor de Dumouriez, aquel César, sin imperio, de la traición y del genio, el General Miranda venía á libertar una colonia rehacia á la civilización y hostil á la Independencia, esclavizada por el fanatismo y envilecida por el látigo. El cofrade de Vergniaud y de Petion, el tipo caballeresco y puro de educación irreprochable, no suponía la bárbara antropología del indio Reyes Vargas ni la perfidia inteligente del doctor Miguel Peña. El sol de su ideal era demasiado cálido para su República. Su capitulación en la Victoria, fue su decepción.

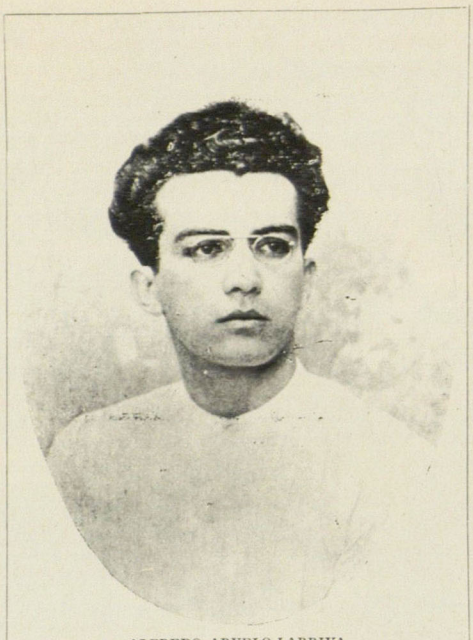
El Destino ungió después la obra boliviana. El delirio de Casacoima ¿qué tuvo como epílogo sino la palabra desengañada del Libertador, enfermo de una tristeza más contagiosa que la del Solitario de Yuste, allá, en una playa de exilio, de semblante hacia el Atlántico, bajo las luces del más doliente atardecer? Qué queda de la magna y magnánima obra del patriciado de 1811 sino la grandeza catoniana de ellos?

Entregado á Monteverde, al malhechor cuya silueta canallesca aparece de nuevo rediviva en la Historia venezolana, bajo el sol de la República, entregado por sus propios compañeros, Miranda ha debido comprender cuánta es la saña con que el destino paga á los sembradores de ideas. El alma infausta de la conceja parroquial tejió una fuerte malla de índicos bambúes para sujetar el Cóndor. Y el Cóndor no disciplinado en la perfidia insectívora quedó preso; y vió cómo en la pesadumbre de las últimas horas, sólo el sol de Africa alumbraba como un blanco cirio de odio, su grande, maravilloso y luminoso sueño de República, supliciado por la cadena vil, en el oprobio cruel y sucio de un presidio ignoto, lejos de tierra civilizada y obligado á sufrir la diaria afrenta con que el alma soez de los carceleros vengan la ignominia de su oficio.

Si por la mente del General Miranda cruzaron aquellos temores que él confiesa á Hamilton y que pavorosamente se han cumplido; si tuvo el Patricio en la angustia de las horas finales la sutil videncia del Porvenir en lágrimas que misericordiosa la suerte se cuidó de ocultarle; si por una misteriosa revelación él llegó á comprender la absoluta inutilidad de su empeño y de su martirio y á contemplar con los ojos del pensamiento el espectáculo desgarrador de tánta bochornosa ironía; si él llegó en la telepatía de un presagio cruel, á advertir el fracaso de la República, en manos de rufianes—botín de proxenetas—y á adivinar lanceado y puesto en cruz su Santo Ensueño por la mano leprosa del asesino implacable ¡qué tristes debieron de ser aquellos ojos en la vejez supliciada y qué taciturna aquella frente!

Descubrámonos!...

EMILIANO HERNANDEZ.



ALFREDO ARVELO-LARRIVA

NOTA BIBLIOGRAFICA

—

Alfredo Arvelo Larriva.—«Sones y Canciones».—1 v. de 157 págs. de texto.—Imp. de «El Cojo.»

—

ARVELO Larriva, á quien no tengo la honra de conocer sino por sus bellas poesías, me ha dispensado el favor de enviarme su último libro, el cual, me dice modestamente, está lleno de cosas que de seguro no serán del gusto mío, más que no es suya la culpa sino del tiempo en que él nació; por lo que me exige un breve juicio, persuadido de que será el más sincero de cuantos se hagan sobre su libro.

Respecto de esto último puede estar completamente tranquilo, pues no sé mentir, aunque la sinceridad y la franqueza me hayan costado en mi ya larga vida no pocas desazones, é injurias y calumnias sin cuento, tanto en el campo literario como en el político.

No son, de cierto, los disparos contra los Académicos lo que me disgusta en el libro del señor Arvelo Larriva, si bien los extraño en persona de ilustración y talento, porque obedecen á prevenciones muy antiguas fundadas en añejas prácticas de los países monárquicos, y en el olvido ó en el desconocimiento de la organización de tales cuerpos. Grave error es el de creer que todos los Académicos deben ser hablistas, ó grandes literatos ó ingeniosos poetas, cuando no son pocos los que resultan electos sólo por entendidos en alguna materia científica, literaria ó artística de las que corresponden al instituto, y mayor error que ellos se juzguen sabios é iguales ó superiores á los demás en saber y renombre por el sólo hecho de la elección.

En la Academia francesa Thiard, por ejemplo, Conde de Bissy, no conocía la ortografía; y de Hablay, á la sazón Arzobispo de Ruan, jamás escribió nada; y no obstante, el uno era muy entendido en heráldica, y en teología el otro. Por donde se ve que en Cuerpos tan numerosos y que abarcan tan diversos asuntos no es extraño que haya de todo; y aun probable es que no falte algún individuo sin discernimiento, una vez que el talento es una cosa, y otra la instrucción. Es, pues, desacertado atribuir á todos los miembros de una corporación científica ó literaria la deficiencia que se observe en alguno ó algunos de ellos; y por igual modo que se atribuya á todos el mismo estilo y amaneramiento y las mismas ideas y doctrinas, cuando hasta ahora no se ha dado que nadie cambie de modo de ser por haber sido honrado con el nombramiento de Académico.

Otras cosas sí encuentro que deslustran el talento y los hermosos versos del señor Arvelo Larriva, y no porque sea él de la escuela llamada impropiamente modernista, y que es tan antigua que podemos encontrarla en los períodos de decadencia romana, sino porque rompen la hermosura de sus cuadros y le privan de la celebridad que pudiera alcanzar con su ingenio poético.

Yo he comprobado suficientemente en mis estudios críticos y en trabajos de otros géneros que no tengo predilección por ninguna escuela literaria, ya que en todas cabe la belleza, condición primordial de la excelsitud en el arte, y sin la cual ninguna obra, ni clásica, ni romántica ni modernista, merece parar la consideración de ningún crítico. La poesía, sobre todo, por la dulzura del ritmo y la propiedad deslumbradora de las imágenes, por el ideal que la enciende y la elevación de los pensamientos, da vida al espíritu, conmueve el corazón, y levantándonos á regiones desconocidas nos hace soñar con la inmortalidad, sustrayéndonos al dolor y á las miserias terrenales.

La poesía es una de las más bellas manifestaciones del arte, y no morirá nunca mientras haya en el mundo amor y lágrimas, almas que aspiren á una vida mejor y corazones que sufran la desilusión y el dolor.

Por lo mismo no debemos envilecerla, ni en el fondo ni en la forma; y á envilecerla con desapoderado sensualismo y quebrantamiento de ritmos y de dicción ha tendido desde los principios la escuela llamada decadente, que por fortuna va desapareciendo, como desaparecen siempre todas las modas, menesterosas de fundamentos sólidos y en pugna con la verdad y la lógica.

De lo que pienso acerca de Walt Whitman y de Rubén Darío, y aun de Góngora y de Marino, hablé hace poco años en la Academia, en el discurso de bienvenida al General don Pedro Arismendi Brito, señalando en cuanto era posible los principales aciertos y despropósitos que en ellos encontraba. No cae el señor Arvelo Larriva en los disparates rítmicos de Whitman ni en las nebulosidades singulares y extrañas metáforas de Góngora y de Marino en la época de su decadencia ó chifladura, pero tiene algunos de los que perjudican á Rubén Darío y á Verlaine y sus discípulos. En medio de bellísimos versos fabricados con arte y pulcramente cincelados, nos sorprende el señor Arvelo Larriva con escabrosos versos de aliteraciones, paranomasias, polípotes, y otras figuras de repetición que nada justifica, y obedecen á un sistema de versificación propio de todas las épocas de decadencia literaria; y asimismo, otras



Joseph AUBERT: La encina sagrada

veces, encantados en el ingenio y la belleza del verso, tropezamos con un vacío moral, un sensualismo enfermizo que nos deja fríos y nos arroja violentamente de la cumbre radiosa á que el poeta nos había elevado el espíritu. No parece sino que las bellas piedras preciosas que le facilita el rico idioma castellano se le caen en la malla del tejido decadente. El lo sabe cuando me escribe que es hijo de su tiempo; pero no incurriría en tales desaguisados, si, como tiene tanto talento y tantas dotes para el cultivo del arte, tuviese mayor fuerza de carácter para romper los hierros de la esclavitud y no reconocer otro maestro que su propio ingenio.

Las figuras indicadas son toleradas y aplaudidas con justicia cuando se las usa convenientemente y con parquedad, ya salgan espontáneas por obra de la inspiración, como cuando Olmedo exclama:

El trueno horrendo que en fragor revienta
Y sordo retumbando se dilata
Por la inflamada esfera,
Al dios anuncia que en el cielo impera.

donde las erres dan fuerza onomatopéyica á la estrofa como dejando oír el fragor y retumbo del trueno; y donde las efes de *inflamada esfera* imitan el soplar de la llama; ya sean obra del arte, como cuando el poeta Arvelo Larriva dice:

Y cuando suena suave su musical exordio
La floja flauta flébil en la fluvial floresta,

donde las mismas efes dan al verso el soplido de la flauta, bien que nos parece bastaba para ello *la floja flauta flébil*, de modo que no se notase rebuscamiento, porque el verdadero arte exige que la obra aparezca natural y perfecta sin que se advierta el trabajoso empeño del artista.

Pero no siempre están justificadas estas aliteraciones del brillante poeta: á las veces abusa de ellas rindiendo parias á la moda decadente, y aun aparecen en los títulos. Valga el *Viejo Viaje*, imitación del maestro Darío cuando sin ton ni són intituló un libro *Prosas Profanas*, como signo de su degeneración mental.

Allá, muchos años antes de la éra cristiana dijo un poeta latino, Ennio:

O, Tite, tute, Tati, tibi tanta tiranne tulisti,
At, tuba terribili sonitu tarantara dixit.

De estilo duro, incorrecto, semibárbaro, como lo comprueban todos los autores que en él se ocuparon, Ennio dio motivo por la extravagancia de sus versos á que sus compatriotas creasen el proverbio *De stercore Ennii*, del estercolero ó basura de Ennius. Algunas perlas había, no obstante, en la basura del poeta, y tiempos más tarde pudo Virgilio pescarlas y limpiarlas, porque tal es el destino de los que no saben lograr la inmortalidad: mueren solitarios y olvidados, y cualquiera se apodera de las prendas útiles que poseían.

Esta manía de las repeticiones injustificadas y arbitrarias se aleja ya de las figuras literarias que dejo indicadas, y ha sido reconocida como un signo de degeneración, hermano del síntoma psiquiátrico que ha recibido el nombre *ecolalia*, repetición constante de un mismo vocablo. Todos conocemos la vida de Wilde, la de Verlaine y la de otros decadentes más; y todos hemos leído los estudios de Nordau, Lombroso y Morel, para dudar del estigma de degeneración que distingue á estos decadentes, á pesar de su gran talento, en su vida y en sus escritos.

Pero hay que distinguir entre los de-

generados y los imitadores de los degenerados. El hombre es el más imitador de todos los animales. La sugestión es tan poderosa en el alma humana que la arrastra inconscientemente á las más grandes acciones y á las mayores catástrofes. Acaso Rabelais quiso pintar al hombre en los carneros de Panurgo. Aun las alteraciones mentales obedecen no pocas veces á este prurito de imitación, y así se explican ciertas epidemias singulares como el baile de San Vito. ¿Qué tiene, pues, de extraño que individuos no degenerados imiten los procedimientos y los escritos de los decadentes? Los caracteres débiles son siempre los más propensos á seguir las modas por raras que parezcan, y el decadentismo es una moda, que felizmente está á punto de pasar como todas las modas.

Arvelo Larriva se ha dejado arrastrar por lo que erradamente juzga obra natural de su época; pero es tan joven, tiene tan claro talento, tal ingenio y tanta pasión por las letras, que sin duda llegará á elevadas cumbres abandonándose á sus propias aspiraciones para hacerse admirar como nuestras grandes montañas y nuestros grandes ríos. El que ha forjado su espada en la fragua del dolor debe combatir por altos ideales. Al cantor de la musa decadente debe suceder el poeta verdadero, el artista y el ciudadano. La naturaleza y el amor, la libertad, la patria y la gloria, que tanto poder tienen sobre el alma de la humanidad, le darán así un día la corona de los inmortales.

La técnica del decadentismo está lejos de la fantasía, del ingenio y del sentimiento que constituyen el verdadero poeta. Así como uno de nuestros viejos cantores disimulaba su pobreza de ideas y de ingenio con el rumor rimbombante de las palabras, los decadentes la disfrazan con ruidos de frases desconcertantes, repeticiones arbitrarias é impropias metáforas é imágenes sensuales que sólo tienden á conmover los sentidos. ¿Por qué ha de afiliarse en tan lamentable escuela quien siente el fuego de la inspiración, y sabe escribir versos espléndidos y magníficos?

Arvelo Larriva sufre una larga prisión. En ella canta *El Gran Silencio* con acentos solemnes y conmovedores:

La tarde es dulce y grave cual una novia triste
Que deshojara juntos un sueño y una flor;
La inmensidad celeste de suave azul se viste,
De azul semidorado por un leve fulgor.

El rudo mar sonoro colérico persiste
En la canción eterna, rimando su furor.
Mi espíritu orgulloso y enérgico resiste,
Como un fornido Atlante, su carga de dolor.

Bajo el azul sereno, frente al Destino obscuro,
Abarco en una sola visión cielo y Futuro,
Y un formidable enigma pretendo descifrar.

El cielo está impasible y el Porvenir callado;
Y la mudez del Tiempo sobre mi duelo airado
Es la mudez del cielo sobre el rumor del mar....

De otro género es *La Tentación de San Francisco de Asís:*

San Francisco de Asís, el buen hermano
Del blanco invierno y del otoño gris,
Y de la primavera y el verano;
Del cardo hiriente y de la flor de lis;

Del cordero infantil, del lobo anciano;
Del extranjero y del natal país;
Del Todo, polimorfo y soberano;
Francisco, el Santo fraternal de Asís,

Objeto fue de la sutil malicia
Del Diablo astuto: mieles de caricia
Vió sonreírle en labios de mujer.

Y dijo el Santo, de ternuras preso;
—Sé bendito en amor, hermano Beso;
Déjame en paz, hermano Lucifer!

La primera de estas composiciones es una flor de consolación, bella y melancólica, bañada en las lágrimas de un dolor sincero; la segunda expresa con gracia encantadora la bondad y la ternura de aquel asceta divino, ligado por un misticismo angélico á Dios y á la Creación; y en una y en la otra, como en no pocas muy bien versificadas, huye el poeta del falso artificio del decadentismo. ¡Ojalá huyese siempre para gloria suya y de la patria! Hay asimismo en el libro preciosos sonetines, al modo de blandas cancioncillas, que agradan por su pulcritud y graciosa factura; pero en estas, como en las redondillas y en los versos de arte mayor, la parte descriptiva supera siempre á la parte moral; y en todas se ve, sin tener cuenta de los vicios de escuela, que no le da pereza el uso de la lima y aspira á la belleza y nitidez del verso.

No exageraré las condiciones de Arvelo Larriva como poeta lírico, con ser él de los mejores de la nueva generación, pero las cualidades que le distinguen, su anhelo de perfección y belleza, su pasión por las letras, y el afán de tocar y retocar sus cantos, comprueban que la nebulosa atmósfera en que le ha hundido la moda no es la suya, no es el medio en que puede ensanchar sus pulmones, ávidos de aire sano y vivificador; y que con el estudio de los grandes poetas, alejado de perniciosas corrientes, y dueño de su propia inspiración, llegará á darnos obras impecables que le granjearán indiscutible renombre.

JULIO CALCAÑO

20 de enero de 1910.

DE PASEO

—

Deslíe su seráfico portento
el crepúsculo; en tanto que los focos
mienten ojos extáticos de locos
posesionados de sombrío intento.

En el parque florido y solitario,
pregona—ardiente la figura fatua—
su hazaña varonil la ecuestre estatua
del Llanero, broncíneo Sagitario.

Desde el pretil, advierto que descuella
su rudo brazo de viril pujanza
sobre el cielo ya obscuro, y que su lanza
ha clavado la punta en una estrella,

bien á pesar de su postura ecuestre;
como si á modo de centauro aéreo,
el Héroe un ojo de dragón sidéreo
cazara, en aventura extraterrestre...

ISMAEL URDANETA.

1910.

LA MOROCOTA (1)

—

*
* *

El otro día, en una reunión de caballeros no millonarios, un jovencito sacó del portamonedas, como un trofeo de economía, una moneda bella, la más bella de todas: una *morocota*. No sin recibir antes la ovación de envidia de las miradas, la moneda pasó al punto de mano en mano como una copa simbólica en un brindis á la Fortuna. El color amarillo agresivo, casi de fuego ó de sol de estío en ocaso, de la simpática pieza, nos impresionó desde luégo. Habría sido un mentís ó un reto á las analogías misteriosas del destino la palidez de clorosis ó la amarillez del paludismo en el oro del anglo-americano. Ya se sabe que Cartago II cifra la realización de su empresa romana de imperialismo en el predominio, en su sangre, del fuego biológico: el glóbulo rojo...

—Veintiseis pesos!—dijo uno de los caballeros.

—Ciento cuatro bolívares! murmuró otro.

—*Twenty dollars!* exclamó un tercero, un anglófilo, con marcado acento inglés.

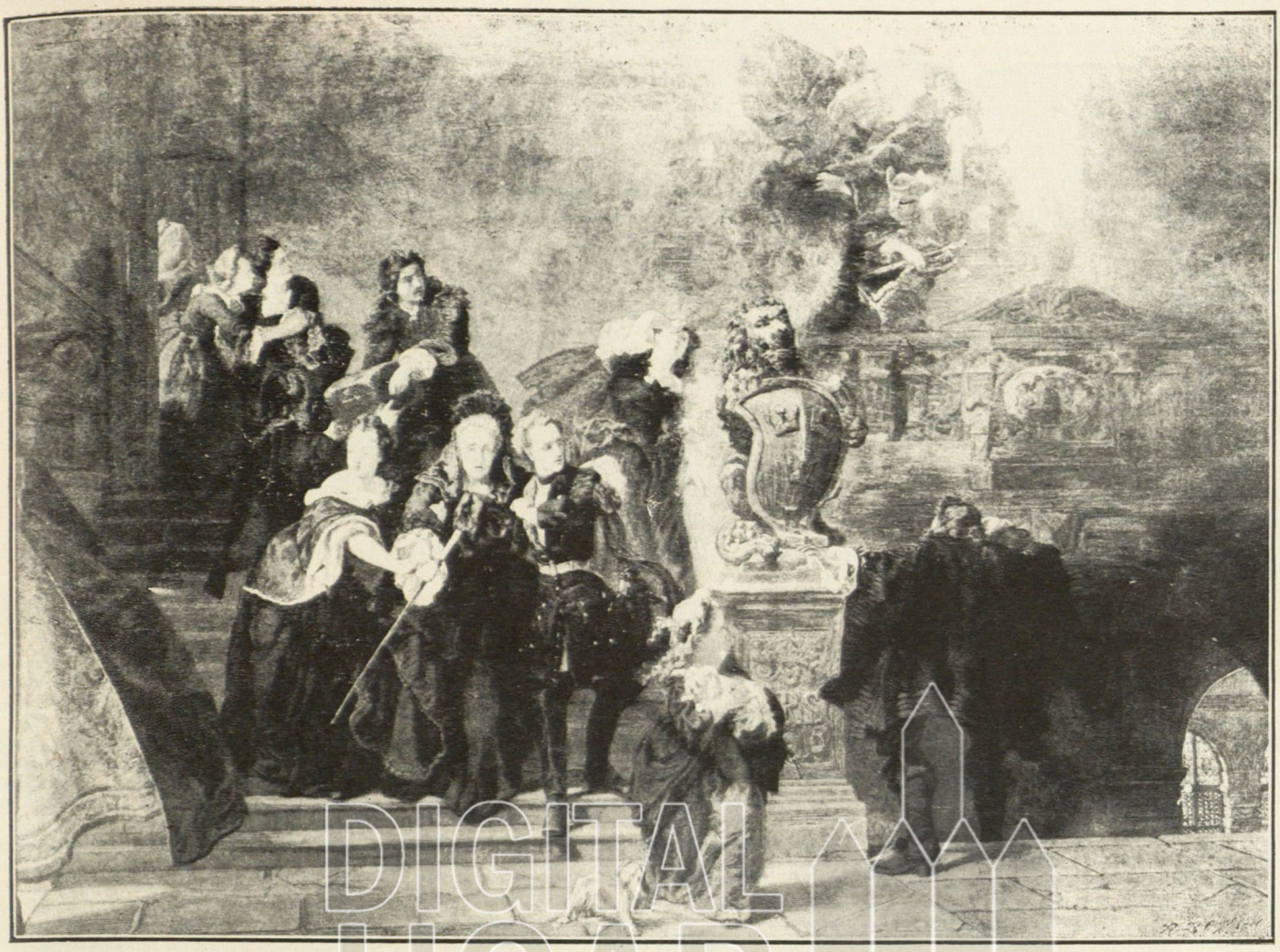
¡*Twenty dollars!*... Y, mientras pronunciaba las consonantes del numeral con suavidad de balbuceo, la articulación reforzada de la a de *dollar* sugería la idea de un instintivo conato verbal de apropiación.

Nunca me había detenido á contemplar los pormenores de acuñación, los detalles de factura de la morocota. Ese día sí. Al contrario de lo que acontece con la vieja onza española, el cordoncillo, de intachable simetría, no proporciona ninguna decepción de lisura á las caricias de la uña del pulgar. El anverso exhibe una labor de la más gráfica sencillez: una cabeza alegórica de la libertad, circundada de trece estrellas, que representan los trece Estados de la gran República en su período inicial. El reverso, de elegancia un tanto complicada, ostenta, como detalles notables, á más del sugestivo emblema del águila, las dos leyendas: *In God we trust* y *E pluribus unum*, lemas soberbios del Coloso del Norte, que constituyen, en sentido propio y en sentido figurado, realmente ó sarcásticamente, las síntesis de los dos números de su programa de fuerza y de fortaleza...

*
* *

E pluribus unum. No se trata ya de aplicar esa locución latina á la unión de los varios Estados que forman la Confederación llamada Estados Unidos del Norte de América. Nó. Se trata de muchísimo más: de la formidable confederación continental del imperialismo de hoy. Para ello, hé aquí cómo se traducirían, en alto simbolismo político yanki, los dos voca-

(1) Morocota, por onza norteamericana, es un venezolanismo inventado por José Tadeo Monagas. (Véase *El Castellano en Venezuela*, de don Julio Calcaño, pág. 509.)



Joh. Fr. HOCKERT: Incendio del Castillo en Stockolmo, 7 de Mayo de 1697

blos característicos de la leyenda: un *unum* de incontrastable hegemonía, suerte de unidad étnica de combate, blindada con planchas de millones de dólares; y un *pluribus* sin solución de continuidad planetaria, en toda la extensión del hemisferio occidental, desde la tierra del hielo, al norte de la Groenlandia, hasta la Tierra del Fuego, al sur de la Patagonia...

In God we trust. «Sí—piensa el yanki:—confiamos en Dios; pero no en el Dios del Sermón de la Montaña, que no tenía dónde reclinar la cabeza, sino en el Dios soberbio del industrialismo, que tiene por emblema de poder, en vez del cordero inmaculado, el dólar omnipotente é invasor: el Dios Oro...»

(¿Por qué el yanki, brutal casi siempre en su franqueza, no introducirá una simple *l* en uno de los componentes de la leyenda, para así poder decir que es el oro en lo único en que confía: *In Gold we trust?*)

*
* *

Redonda como las unidades del Cosmos, con sus dibujos de acentuadísimo relieve y su águila altiva de abiertas alas, ávidas de espacio donde enseñorearse, aquella morocota solitaria, arrojada allí como un vibrante sarcasmo de metal, nos parecía, algo más que un símbolo, áureo y duro, del 2º de los pecados capitales. Diríase que aquella miniatura de sol, por un milagro de hipnosis, con la potencialidad de su brillo y su firmeza, nos daba la síntesis de una lección objetiva de fuerza, capaz de convertirla, sin protesta, en el fetiche adecuado de la casta modernísima de los millonarios anglo-americanos.

La estética realista de aquel pueblo de los grandes bancos y de las grandes fábricas, dió en verdad en el hito, al crear con el más precioso de los metales la más preciosa de las monedas: con una belleza brillante como lo más bello del cielo: con una belleza graciosa como lo más bello del suelo: sol de oro, flor de oro!...

*
* *

Terminó la inspección; y, cuando el jovencito, con una sonrisa de triunfo, guardó en su portamonedas la onza norteamericana, todos sentimos algo así como una vaga presión ó coacción ideal, que parecía venir de por allá, de ese Norte del peligro latino-americano, que ostenta, entre sus emblemas de imperialismo, la morocota, la formidable morocota...

ANTONIO S. BRICEÑO.

«EL POEMA DE LA RISA»

—

(*FRAGMENTO*)

—

.....

Azul: también sollozas cuando ríes.
La mañana invertida del crepúsculo
es un alba poniente de rubíes,
y la noche, la noche es el mayúsculo
sudario en que te enjugas y deslíes.

Mar: en la entraña tuya hay estertores
de vorágine honda, triste y brava
como para un poema de clamores.
Bajo el cielo pareces una esclava
que cubriese de espuma sus dolores.

Pájaro vagabundo que atraviesas
el aire en ritmos de aleteos mudos,
te esperan en la rama plomo y fresas;
antes vé al nido á dedicar saludos
á tus hijuelos, que se tornan presas.

En cada corazón hay un lamento
que decora la risa perfumada
de una mujer. En cada pensamiento
un anhelo de ser y no ser nada
que viene y va como la arista al viento.

Cuidaos de esa risa y ese anhelo:
la ola viene y va, la espuma es risa
de mar, mezcla de aurora y de flagelo
cuando en el ala tenue de la brisa
el náufrago sacude su pañuelo.

....

RAFAEL BRUZUAL LÓPEZ.



LIENZO VESPERTINO

Cae una dulce luz de rosas. Miro
todo el paisaje de quietud de cromo
sobre un fondo muriente de zafiro.
Aldebarán enciéndese en un domo

de seda mustia, y entre la belleza
de la hora noble y mi dolor austero,
tu mirar de cariño y de tristeza
se interpone lo mismo que un lucero.

¿Por qué vienes á mí? ¿Qué fascinante
voz de pesar te descubrió el camino,
por donde voy con mi silencio errante,
puesto el cído á la ilusión del trino?

Buscas amor? ¡Acaso una aventura
romántico-sensual conmigo anhelas,
é imaginas que mi literatura
es cual la de tus cándidas novelas!

Que soy un mentidor de poesía
de esos que funden una rima en "ores",
--fácil recurso de la fantasía--
para aconsonantar unos dolores.

Pues no. Mi verso es un gentil motivo
de emoción y de orgullos personales,
que no verás, adulador cautivo,
en la corte de tu álbum de postales.

Y hoy como ayer, de tu balcón florido,
tus miradas, urgidas de preguntas,
caerán sobre el enigma incomprendido
de mi dolor, como agresivas puntas.

Y tus pupilas mi semblante serio
siempre, á inquirirlo es pondrán curiosas,
como una casa en soledad y misterio,
tras cuyas rejas asomaran rosas...

JUAN SANTAELLA.

DIGITAL UCAB



Ilustración de Leo. MARTINEZ

El sol mañanero, rompiendo el nublado, se entró de lleno por la ventana abierta y al amor de su beso, un escalofrío de vida animó las telas, amontonadas sobre la pared en un desconcierto sin premeditación. Ramiro Rangel levantó la cabeza á aquella súbita aparición de la luz y se quedó viendo la derrota de las nubes, empujadas en tropel por la brisa recién despierta, dejando á trechos manchones de cielo de un claro azul tropical.

Los rosales que la dueña de la casa de huéspedes tenía sembrados en el patio, temblaban en un ambiente impalpable de muselina impregnado de vago perfume de primavera. Alargándose en la paz matutina, lentos sones de campana anunciaban la misa próxima en la iglesia parroquial, y el canario, preso en su trampajaula de veradas, denotaba, con trinos intermitentes, una inquietud ansiosa de vuelo.

Ramiro Rangel era pintor: lo denunciaban en el desorden del cuarto los estudios y manchas diseminados por dondequiera, colgados en el muro, alternando con copias litográficas de los grandes maestros, y el caballete donde un retrato empezado parecía aburrirse de la *pose*. En un ángulo de la tabla, una fotografía de busto, prestaba el servicio de original mordida por una tachuela. Por apremio de la necesidad colgaba de tan humilde útil una importancia paquidérmica, un señor inflado, cejas rudas, áspero el bigote y una imbécil sonrisa despreciativa que era la desesperación de Ramiro Rangel. Le era odiosa aquella sonrisa, toque personal, imprescindible, del parecido, que le había costado el día anterior de lucha por conseguirla. Cada golpe de espátula ó de pincel se lo daba en la boca con la rabia de un bofetón, pero la boca en vez de sonreír estúpidamente, se descolgaba en una mueca burlona. Con cuántas ganas había abofeteado al Secretario General del Presidente de la República! Era él la esperanza final y se empeñaba, de antemano, en destruirse. Ya había retratado á todos los ministros del Despacho, hecho antesalas en las oficinas, soportado que lo recibieran como un pedigüeño, todo por percibir de nuevo la pensión de que disfrutara reciénvenido á la capital. Todo inútil.

Esperaba que en un alba cercana la miseria, con lúgubre desfile de días en ayuno y largo cortejo de acreedores, le abriese los brazos descarnados, que su beso de bohemia le impregnara los labios con un vaho alcohólico. Veía con horror acercarse la fecha en que su diestra temblorosa sirviese sólo para trazar figuras obscenas, regocijo de taberneros, á cambio de un trago de menjurges embriagantes.

A veces un decaimiento espiritual lo abrumaba. ¿Por qué se había venido de su provincia lejana? No tenía él la culpa, como no la tenían aquellas nubes que se dejaban empujar por el viento, sin saber á dónde iban á deshacerse en lágrimas celestes.

No era responsable de que sus padres, pobres viejos campesinos, hubieran engendrado una semilla fatal de belleza, ni de que en su cuerpo fuerte, hecho para labrar la tierra, sudoroso y jadeante bajo el sol, se encerrara un alma de cristal, donde aquella tierra y ese sol se reflejaban en un prisma de gloria.

No se daba cuenta precisa de cómo fué arraigándose en su sér la veneración á la línea y el cariño al color. Rememorando el principio de su culto, le parecía que viniera desde un fondo de eternidad y que, después de un sueño de muchos siglos, había despertado en medio de la naturaleza. Lentamente, mientras desperezaba los miembros, sus párpados se iban desplegando á la luz y cuando los ojos fueron completamente abiertos, el paisaje se metió dentro de su alma llenándola de sol en las mañanas campesinas, enturbiándola de cambiantes melancólicos, ya puesta la tarde en las llanuras horizontales. Ramiro Rangel pensaba en esto persiguiendo la fuga de las nubes.

Su vida había cambiado de continuo, como el paisaje.

De la mañanita, riente y fugitiva, breve como una mancha de acuarela, recordaba los días del colegio. La caricatura del maestro con sus grandes anteojos redondos, calva inconmesurable que se despeñaba en lisuras por la frente hasta la nariz, las piernas vacilantes de años y vigilias y la enorme palmeta que le había hecho humedecer los ojos y enrojecer la mano en castigo de la travesura del lápiz. Su pobre mano diestra que tánto amaba! Penoso pensar que, cuando pequeñita y delicada, fue mártir irresponsable de su afición. Tánto como la quería! Revivió un cuento leído en la cuarta página de un diario: un médico que, en venganza de su honor de esposo maculado por un violinista, cortó á éste los tendones de las falanges inutilizándole las manos para su arte. Ante el horror de que las suyas pudiesen faltarle se estremeció y tuvo una repugnancia momentánea por las mujeres casadas.

Después, la libre práctica del ensueño en sus correrías de zagalejo; los regaños paternales, seguidos de una satisfacción del viejo, que cuando alguien mostraba y alababa las habilidades del chico, no podía disimularse diciendo sonreídamente: «Ah, muchacho, no sirve sino para garabatear papeles.» Luégo el recuerdo cariñoso de Don Anselmo,—hermano del Jefe civil, hombre de influencias cerca del presidente del Estado,—quien le logró una pensión de cincuenta pesos y el pasaje hasta la Academia de Bellas Artes.

Con qué fuerza apretó á don Anselmo en sus abrazos, á la partida! Y lo hubiera besado, á no ser que el catarro crónico que destilaban las narices del buen anciano, le inspiraba un cierto recelo parecido al asco.

Fue el primer triunfo que lo embriagó en una franca alegría espiritual mientras se mantuvieron la emoción de la ciudad grande, nunca vista y siempre soñada, y el pago quincenal de la pensión. Entonces la lucha por laureles de concurso mostróle en horizontes lejanos espejismos fascinadores y el roce continuo con las cosas de arte enrumbó su sentimiento hacia la verdad, perseguida por los maestros, viva dentro de él, urente de sol, desde un mediodía pampero. Era necesario ganarse á París en el premio bianual. Alma y vida las ponía íntegras en su fervor cuando pretextos de economía en el presupuesto, imprevistos gastos ministeriales, le arrebataron la gloria de Don Anselmo. Su pensión y el premio bianual se fueron á servir de llantas al coche de ruedas de goma en que el Director de Instrucción Pública paseaba su democrático encumbramiento.

El Atlántico se le había puesto ya demasiado ancho, pero la esperanza lo llamaba de la orilla opuesta.

Ramiro le volvió la espalda al retrato del Secretario General, que parecía contener una carcajada entre los carrillos hinchados, y ahogó la mano en el torrente de un rayo de sol. Silenciosamente sonreía viendo los tonos maravillosos de ámbares y lacas que la luz desleía entre sus dedos.

***

Una mañana, subiendo con su caja de colores al brazo, por los caminos que se anillan á la colina del Calvario, Ramiro sintió que lo llamaban.

—Eh!, joven, el del cajoncito, ¿á dónde va tan distraído?

Al volverse vió levantarse de un banco, bajo unos bambúes, un hombre fuerte y alto pero de edad avanzada, descubierta en la nieve de los bigotes atusados y la perilla luenga.

El hombre se acercaba arrugando una sonrisa en su rostro tostado, semejante á un terrón en grietas por la saña de largos veranos.

—¿Cómo que no me reconoce, eh? En el Ministerio de Guerra, eh. Hicimos tres antesalas juntos. ¿No recuerda, eh?

Y el señor acentuaba los *eh!*, con un acento nasal de antipáticas reminiscencias provincianas.

Ramiro contestó lentamente, como viendo dentro de sí mismo:

—Sí, ya recuerdo haberlo visto; la cara no me es desconocida, pero no podía fijar el sitio,—y evocó uno de los últimos retratos hechos.

—Por supuesto que usted no consiguió nada; lo supongo; estos paseos no son sino para los que estamos cesantes ¿eh?

—Absolutamente nada; yo no solicitaba empleo.

—Yo sí; tengo derecho á vivir también del presupuesto; treinta y seis años de servicio en campaña son suficientes credenciales ¿eh? Ya no me queda más recurso que volverme á echar al campo en lo que el río venga



Ilustración de Leo. MARTINEZ

revuelto. Y sepa que el agua no está muy clara. Se habla de alzamientos en Occidente y aquí mismo en Caracas se conspira por lo bajo.

Los pájaros en las lindes eran un jovial escándalo de pilluelos en asueto. El viento soplaba en las copas de los árboles y el camino parecía movilizarse con la inquietud continua de las manchas de sombra que las ramas proyectaban sobre su dorso serpentino.

Ramiro y su amigo improviso, seguían la marcha del camino conversando acerca de las cosas de la política. A veces el viejo se exaltaba: levantando los brazos, apretaba los puños; otras, al paso de un paseante, bajaba la voz de modo confidencial y, acercándole mucho el rostro, clavaba los ojos cejijuntos en los atónitos de Ramiro.

De vez en cuando, chirriaba en la paz del paisaje su *eh*, fastidioso como un estribillo clásico.

Cuando bajaron, el sol de las doce y media reverberaba sobre las aceras. A la puerta de la casa de huéspedes se despidió el general—no menor grado militar puede tener un hombre de treinta y seis años de servicio en campaña—y las grietas de su rostro tomaron un curso severo é interrogante cuando dijo á Ramiro:

—Cónque irá usted adonde le he dicho, eh? ¿Esta noche?.....Usted puede ser de los nuestros. Todo está casi listo.

—Sí, después de comida.

—Buen apetito. Adiós. A las ocho y media, eh?

—Descuide. Adiós!

***

—¡Qué diablos! Voy á la cita. Verdaderamente tiene razón el general. Nada se pierde y puede ganarse un escarmiento dado á estos señores que se han apoderado del poder como de renta propia. Por primera vez en mi vida me meteré en cosas de política, pero aquí hasta el nombre y el arte dependen de ella. Me ha dicho que todo está casi listo, bríos no me faltan y si acaso resulta todo charlatanerías de un truhán de pacotilla, podré estudiar costumbres para un cuadro.

Monologando así se echó á la calle Ramiro Rangel. Con las manos en los bolsillos y chupando el cigarro de sobremesa tomó en línea recta al boulevard del Capitolio y la Plaza Bolívar. El reloj de la torre marcaba las ocho y cinco; apresurando el paso atravesó el Pasaje Ramella, donde apenas quedaban restos de la animación mercantil del día y el mercado que abultaba en la sombra su vientre hediondo, como dormido en la digestión de los alimentos que vomitaría á la mañana siguiente, para saciar la multitud bullidora á su alrededor. En Salvador de León hizo vía á la derecha tomando la avenida Sur donde los focos eléctricos parecían tener más luz y las risas más eco. Distrajo un momento la imaginación en los coches que al trote se alejaban y pasó sin un saludo por la doble fila de bellas desconocidas que exponían á la conquista sus lindos rostros en los marcos iluminados de las ventanas. Ya en la esquina de las Peláez tuvo que doblar de nuevo, pero ahora hacia la izquierda, y al final de la cuadra sintió repercutir en sus oídos el

—Eh, amigo Rangel, que ya se le había hecho familiar.

—Buenas noches, general, ¿qué ha habido?

—Véngase conmigo y bajemos por el Puente Sucre, al corralón que le dije; allí están los muchachos. He recibido un telegrama en clave: el asunto puede resolverse pronto, eh.

***

– Yo no soy un revolucionario de boquilla, como usted puede habérselo figurado, amigo Rangel, le decía el hombre de la perilla blanca, mientras bajaban por una brecha terronosa que se desmoronaba á sus pies. Mañana, ó esta misma noche quizás deberemos marchar. Colmenares me anuncia que tiene una gente en la Cortada del Guayabo á la cual se debe reunir la que yo tenga. A una seña dispongo de cuatrocientos hombres; en un rancho del indio José Miguel, aquí mismito, desviándose del camino de El Valle, hay enterradas cápsulas y armas. El indio se va con nosotros y simultáneamente debe haber alzamientos en Miranda y Carabobo. ¿Se resuelve, eh?

—Resuelto.

Ya estaban en la puerta del corralón. Un mulato cuyo rostro era más obscuro bajo el ala del sombrero en contraste con la luz amarillosa de un farol, y que sentado en un cajón desgranaba jojotos, preguntóles en seco:

—Qué se les ofrece?

—Vía libre, conozco el camino, le dijo el general, y luégo á Rangel: es el santo y seña de esta noche, por si acaso.....

La reunión tuvo efecto en una gran sala interior del corralón, desprovista de adornos, sin más mueblaje que una mesa tosca, una lámpara de petróleo y tan pocos taburetes que unas enjalmas arrinconadas fueron útiles asientos á los *concidados*, como decía el dueño de la finca. Tras de discusiones, planes y deliberaciones, se resolvió que á la noche siguiente, dando tiempo al aviso, todos se encontrarían en el rancho de José Miguel, para tomar caminos ocultos hacia el Guayabo, antes de que aclarase. Ramiro Rangel había caído simpático al cónclave con sus ojos negros y persuasivos, cabello rizado y abundoso y su perenne sonrisa que le encogía el bigote novel. Al salir de allí, temores y dudas por la atracción de lo desconocido le mantenían el alma en un estado complejo, que se acentuó más aún cuando el general le despidió afablemente, dándole una palmada en el hombro:

—Descanse bastante mañana, para que no esté flojo á la noche, *coronel* Rangel.

Experimentaba la misma turbación con un goce inexplicable, al transitar, en la noche siguiente, por los caminos obscuros, en compañía de su jefe y dos más sin alternar palabras, deteniéndose un instante á prender un cigarrillo ó silbando bajo trozos de ópera; se le había ocurrido silbar la Marsellesa, pero temió despertar sospechas si pasaba algún caminante inesperado; el aire de la noche le enfriaba las manos y al metérselas en los bolsillos del pantalón, la derecha tropezó con una cosa metálica y torneada; era la llave del cuarto, que se había olvidado de entregar á la patrona, por si no volvía; tal vez mejor así; si acaso tornaba un día, derrotado ó triunfante, encontraría su cuarto intacto, las telas cubiertas del polvo conservador, la caja de pinturas hermética y en el caballete el retrato inconcluso del Secretario General.

Ah! si volvía triunfante, buena venganza tomaría de él; con sus propias manos lo rasgaría de arriba abajo, fragmentando en partículas invisibles aquella su sonrisa idiota que le torturaba.

¿Y si volvía con el brazo diestro en cabestrillo ó cortado en un muñón trágico, inútil para producir belleza? Pensamiento horroroso y terrible! Ciego, la mano guiada aún por una fuerza genitora oculta, podría trazar paisajes, aquellos paisajes que guardaba su alma desde tiempos inmemoriales, y que se traducirían al lienzo velados por nube de lágrimas. Manco, jamás: aunque el sol le hiriese en la retina, aunque la tarde penetrase hasta sus tristezas íntimas, no podría coger los pinceles y, en febril escrutinio de tonos, arrancar al cielo y la montaña maravillas de encantamiento. Preferible era caer abierto el corazón y los brazos en cruz. Sintió un pavor horroroso que le produjo calofrío.

Estos comentarios duraron largo rato; el general marchaba á su lado; era un consuelo aquel hombre que en treinta y seis años de campaña, conservaba aún intacto el brazo diestro.

Bajando por una hondonada llegaron al rancho del indio José Miguel, una casita aplastada, diríase en cuclillas entre los retazos de terreno cultivado. Ya había allí muchos hombres y seguían llegando por distintas veredas en grupos ó diseminados. Los trabajos de desenterramiento del parque y formación del bisoño ejército duraron hasta las doce. Ya la hora era imprudente y se necesitaba ganar terreno, según manifestó el jefe, y partieron en pelotón, cautelosamente bajo la paz benigna de una noche con estrellas.

***



El indio José Miguel era vaqueano avezado á esas veredas y en cuatro horas se reunieron con la gente de Colmenares.

Este habló apresuradamente en consejo de oficiales manifestando la seguridad de que el gobierno tenía noticias de su alzamiento y podía haber enviado ya tropas en su persecución; así, era imprescindible continuar la marcha. Una nueva organización, y las dos tropas se internaron campo adentro, cuando las primeras rosas del alba pendían en el jardín celeste.

No más de media legua llevaban juntas; el camino, bordeado por una linde de espesos cafetales y cortado por la otra de canjilones, en cuyo fondo corría una quebrada, desembocó en pequeña llanura, paralelo á un cerro tupido en la falda de recios matorrales.

Del otro lado de la quebrada se tendía un cañaveral y, tras éste, otro cerro curvaba su giba envuelto en pálido claror matutino.

De repente, en los mogotes, estalló una descarga cerrada; la columna en marcha del general Colmenares se estremeció en un conato de desorden, varios soldados de la vanguardia vacilaron sobre sus pies y cayeron heridos.

En el tumulto vibró la voz del jefe seguida de un clarín disonante.

—Lo que les dije, muchachos, nos persiguen. Armas en balance, marcha forzada y sin un tiro. ¡Vamos á levantarlos como lapas de entre los mogotes!

Una nueva lluvia de balas le contestó tumbándole otros tantos hombres. Ya entraban en la llanura y, á nuevas órdenes, la gente se dispersó en guerrillas por entre los herbazales, haciendo fuego loco contra el enemigo misterioso que los diezmaba enviándoles la muerte desde un escondite.

Ramiro Rangel venía á la cabeza de un pelotón innúmero que se le había confiado; en alto la espada desnuda y los ojos relampagueantes. Al desembocar del camino una granizada de plomo cayó sobre él y los suyos y un ay! penetrante y cercano le hizo volver los ojos atrás.

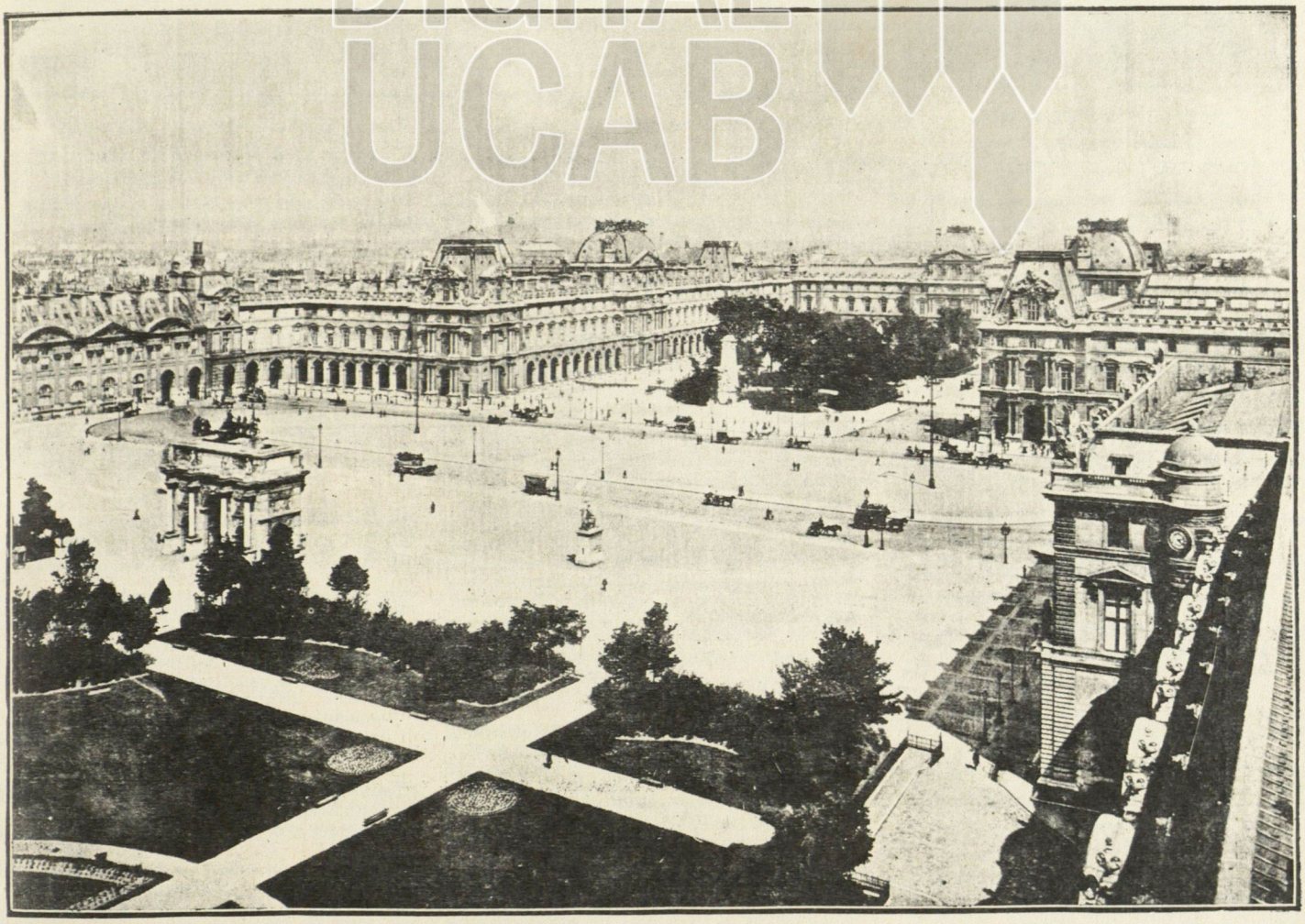
En la primera fila, un soldado con la mano izquierda se sostenía el hombro derecho, de donde, como un trapo ensangrentado puesto á secar, colgaba el brazo de un pingajo de carne deshecha. Espantoso y erguido, se empinaba viendo correr la sangre y palidecía más á cada borbotón glugluteante. Ramiro le contempló inmóvil; un aluvión de ideas y recuerdos le abotagó el cerebro; los nervios se le trabaron en una parálisis repentina; la voz de ¡alto! salió imperceptible de sus labios y cayó al suelo boca-abajo, presa de una atonía extraña.

Sus soldados pasaron por encima de él en una confusión ensordecedora, empujados por los que venían detrás.

***

Cuando se dió cuenta de sí, la refriega estaba lejana y cruda, á la falda del cerro de los mogotes. Unos cuantos cadáveres se tendían allí mismo. Balas perdidas silbaban por sobre su cabeza. Sin hacer caso de los heridos que se retorcían en espasmos agónicos, agazapado, acurrucado en su pavura, buscó la vereda más practicable de los can-

DIGITAL UCAB



PARÍS: El nuevo Louvre

[*De fotografía*]

jilones y se lanzó por ella á la quebrada, la pasó en dos saltos estremeciéndose al frío salpique del agua en su rostro, y penetró en el cañaveral. Entonces respiró más tranquilo y siguió su carrera vertiginosa triturando cogollos crujientes y apartando hojas afiladas que le rasguñaban el rostro. Aún perdía de su cuello la vaina de la espada, estorbosa, enredándose dondequiera; bruscamente sacó por la cabeza el tahalí tricolor y la arrojó lejos, ganando el cerro casi á gatas. Heridas las manos por cardos y piedras, vacilantes las rodillas, trepaba por los senderos erizados hasta llegar á la cumbre, después de dos horas de fatiga que se imaginó interminables.

A pulmón abierto aspiró el aire alto y se acostó en el suelo para explorar á través de unas ramas el campo que creía desolado.

Nada; demasiado lejanos, apagados por la distancia, apenas si llegaban á él ruidos de fusilería; como una seda imperceptible se deslizaba en la hondonada el hilillo de agua; los sembrados se dividían en cuadros de diversos tonos; el cerro se iba achatando en el confín, diluyéndose en lilas claras y á sus pies el cañaveral era una sabana móvil de verdura lujuriosa.

El sol escalaba el cielo sin obstáculos y el viento arremolinaba, allá abajo, muy ligeras nubecillas grises.

Ramiro se puso en pie: el paisaje llenaba sus ojos ávidos; el recuerdo de su caja de colores, prisionera en el cuarto de alquiler, vino con una inoportunidad mortificante y el artista se llevó instintivamente la mano izquierda al brazo derecho, como para deshacerse de un presentimiento.....

LEO. MARTINEZ Y MARTINEZ.

WAGNER

—

Oh Wagner! luminoso y pensativo
Y formidable soñador altivo,
Que hace vivir los dioses de leyenda
Y gemir á Tristán bajo la tienda,
Junto á Isolda, tristísima y amante.
Que el cisne impulsa de Lohengrin errante;
Que hace á Elsa soñar bajo la luna;
Y rugir á Wotan; que la fortuna
Canta de Parsifal, el caballero
Más puro que los lirios; que el certero
Dardo de amor sobre Tannhauser clava;
Que hace temblar á la Walkiria brava
Cuando Sigfrido heroico la encadena
Con el filtro fatal de la sirena;
—Filtro sutil que doma corazones
Y convierte en gacelas á leones!—
Oh Wagner! oh clarín que del Futuro
Las puertas abres al Destino obscuro;
Tú, que das al bajel raudo que pasma,
Fugitivos contornos de fantasma;
Que hablas á Loreley sobre las ondas,
Peinando el oro de sus trenzas blondas;
Oro de nibelungos, oro trágico!
Oro rojo y funesto, ardiente y mágico!
Oh Wagner! yo te canto, yo te adoro,
Idolo-Genio, y exaltando el coro
De mi agreste y gentil flauta pagana,
Mirra quemo en tu hoguera sobrehumana,
Y en homenaje lírico, á tí sólo,
El mirto ofrezco y el laurel de Apolo!

LEOPOLDO DIAZ.

Inédita.

LA TRAGEDIA DEL TORO

—

PERSONAJES

EL TORO.—EL BUEY.—LA MUCHEDUMBRE

—

Plaza de toros. Es la tarde. El sol brilla radiosamente en un cielo despejado. Alrededor del redondel hay un inmenso número de espectadores. En la arena, después de la muerte de varios bichos, la Cuadrilla se prepara para retirarse triunfante. El primer espada, cerca de una huella sangrienta, está gallardo y vestido de azul y oro, muleta y espada bajo el brazo. Los banderilleros visten de plata y ocre de Oriente. En las chaquetas de los picadores espejean las lentejuelas al resplandor de la tarde. En el toril han quedado un toro, hermoso y bravo, y el buey que sirve para sacar las reses de la Plaza. —Són de clarín.

—

LA MUCHEDUMBRE

¡Otro toro! ¡Otro toro!

EL BUEY

¿Has escuchado?
Prepara empuje, cuernos y pellejo:
Ha llegada tu turno. Ira salvaje,
Banderillas y picas que te acosan,
Aplausos al verdugo; al fin, la muerte.
Y arriba, la impasible y solitaria
Contemplación del vasto firmamento.
Yo, ridículo y ruin, soy el paciente
Esclavo. Soy el humillado eunuco.
Mi testuz sabe resistir, y llevo
Sobre los pedregales la carreta
Cuyas ruedas rechinan y en cuya alta
Carga de pasto crujidor, á veces
Cantan versos los fuertes campesinos.
Mis ojos pensativos, al poeta
Dan sospecha de vidas misteriosas
En que reina el enigma. Me complace
Meditar. Soy filósojo. Si sufro
El golpe y la punzada, reflexiono
Que me concede Dios este derecho:
Espantarme las moscas con el rabo
Y sé que existe el matadero.....

EL TORO

¡Pampa!
¡Libertad! ¡Aire y sol! Yo era el robusto
Señor de la planicie, donde el aire
Mi bramido llevó cual són de un cuerno
Que soplara un titán de anchos pulmones.
Con el pitón á flor de piel, yo erraba
Un tiempo en el gran mar de verdes hojas,
Cerca del cual corría el claro arroyo
Donde apagué la sed con belfo ardiente.
Luégo, fui bello rey de astas agudas:
A mi voz respondían las montañas,
Y mi estampa magnífica y soberbia
Hiciera arder de amor á Pasifae.
Más de una vez el huracán indómito
Que hunde los puños desgarrando el roble,
Bajo el cálido cielo del estío
Sopló al paso su fuego en mis narices.
Después fueron las luchas. Era el puma
Que me clavó sus garras en el flanco
Y al que enterré los cuernos en el vientre.
Y tras el día caluroso, el suave
Aliento de la noche, el dulce sueño;
Sentir el alba, saludar la aurora
Que pone en mi testuz rosas y perlas:
Ver la cuadriga de Tritón que avanza
Rasgando nubes con los cascos de oro,
Y alrededor de la carroza lírica
Desparecer las pálidas estrellas;
Hoy aguardo martirio, escarnio y muerte...

EL BUEY

Pobre declamador. Está á la entrada
De la vida una esfinge sonriente.
El azul es en veces negro. El astro
Se oculta, desparece; muere. El hombre
Es aquí el poderoso traicionero.
Para él, temor. Yo he sido en mi llanura
Soberbio como tú. Sobre la grama
Bramé orgulloso y respiré soberbio.
Hoy vivo mutilado, como, engordo,
La nuca inclino.

EL TORO

Y bien: para ti el fresco
Pasto, tranquila vida, agua en el cubo,
Esperada vejez..... A mí la roja
Capa del diestro, reto y burla, el ronco
Griterío, la arena donde clavo
La pezuña, el torero que me engaña
Agil y airoso y en mi carne entierra
El arpón de la alegre banderilla,
Encarnizado tábano de hierro;
La tempestad en mi pulmón de bruto,
El resoplido que levanta el polvo.
Mi sed de muerte en desbordado instinto,
Mis músculos de bronce que la sangre
Hincha en hirviente plétora de vida;
En mis ojos dos llamas iracundas,
La onda de rabia entre mi pecho loca
Que echa su espuma en mi encendida fauce;
El clarín del bizarro torilero
Que anima la apretada muchedumbre;
El matador que enterrará hasta el pomo
En mi carne la espada; la cuadriga
De enjaezadas mulas que mi cuerpo
Arrastrará sangriento y palpitante;
Y el vítor y el aplauso á la estocada
Que en pleno corazón clava el acero.
Oh! nada más amargo! A mí los labios
Del arma fría que me da la muerte;
Tras el escarnio el crudo sacrificio,
El horrible estertor de la agonía.....
En tanto que el azul sagrado, inmenso,
Continúa sereno, y en la altura
El oro del gran sol rueda al poniente
En radiante apoteosis.....

LA MUCHEDUMBRE

¡Otro toro!

EL BUEY

¡Calla! ¡Muere! Es tu triunfo.

EL TORO

Atroz sentencia.
¡Ayer el aire, el sol! hoy el verdugo.....
¿Qué peor que este martirio.....?

EL BUEY

¡La impotencia!

EL TORO

¿Y qué más negro que la muerte?

EL BUEY

¡El yugo!

RUBÉN DARIO.



PARIS: El Museo de El Louvre - (Pabellón Henrique II)

[De fotografía]

DIGITAL UCAB

LA VOCACION

DRAMA EN UNA SOLA ESCENA

PERSONAS DEL DRAMA

LUCIO LLOREDA.—De unos cuarenta años; aspecto jovial, cabeza de hombre de carácter, complexión de trabajador, sonrisa generosa y mirada afablemente irónica. Viste elegantemente, como cualquier persona de algunos medios y buen gusto.

EMÉRITO ROBLES.—Puede llegar á tener veinte y cinco años; moreno, ojos soñadores, melenas copiosas y fisonomía de iluminado. Viste como cualquier personaje escapado de una lámina del Conde de Monte—Cristo, ni más ni menos.

ESCENA UNICA

LUCIO LLOREDA, en su cuarto de trabajo, lee una revista ilustrada. En la habitación hay escritorio, sofá, sillas, una biblioteca, y unos cuantos cuadros. Abrese la puerta de una mampara, estride un timbre, y aparece EMÉRITO ROBLES, todo lleno de sobresalto, buscando con la vista el timbre, que mientras él tiene el picaporte en la mano no cesa de sonar.

—

LLOREDA—(*levantándose á recibirlo.*) Adelante, adelante... Es que tengo el picaporte conectado con el timbre eléctrico.. Ya ve usted, ahora que lo suelta, deja de sonar.

ROBLES.—Es curioso.

LLOREDA.—Es muy cómodo. En qué puedo servirle?

ROBLES.—¿Es ésta la casa del señor Lucio Lloreda, poeta, dramaturgo y periodista?

LLOREDA.—Un poco de todo eso, gracias á su pequeña renta; sí señor.

ROBLES.—Y usted me hace el favor de llamármelo un instante?

LLOREDA.—Es inútil; delante lo tiene usted.

ROBLES.—De veras? (*busca con la vista por todos los rincones de la pieza.*)

LLOREDA.—Quiero decir, que soy yo.

ROBLES.—Ah; usted era...?

LLOREDA.—Y sigo siendo, para servirle. Y yo tengo el gusto de hablar...?

ROBLES.—Sí, señor.

LLOREDA.—Digo, que con quién tengo el gusto de hablar...?

ROBLES.—Ah! Emérito Robles, de Yumaco. Acabo de llegar á la Capital y deseo hablar con usted.

LLOREDA.—Para mí es un gusto: hágame el favor de tomar asiento.

ROBLES (*sentándose frente á la biblioteca y secándose el sudor.*) Qué frío hace en la Capital!

LLOREDA.—Bah; es, sin duda, el contraste... En Yumaco hace mucho calor; nó?

ROBLES.—Es un horno... Pues sí señor; yo también soy poeta.

LLOREDA.—Ah; de veras?

ROBLES.—Sí, señor; no ha visto usted nunca composiciones mías?

LLOREDA.—Francamente, no he tenido el gusto...

ROBLES.—No me diga; si yo escribo mucho en «Pluma Azul.»

LLOREDA.—Ah; sí? Y ése será un periódico, no?

ROBLES.—Cómo; usted no conoce á «Pluma Azul»?

LLOREDA.—Francamente, nó; hay tantos periódicos en nuestro país!

ROBLES.—Pero es que «Pluma Azul» es una revista literaria que brilla con luz propia..

LLOREDA.—Ah; con luz propia?

ROBLES.—Es el órgano de una sociedad de intelectuales: «El Ideal de Yumaco»...

LLOREDA.—Ya comprendo; sí.

ROBLES.—Pero en este país no se tiene aprecio por las letras nacionales...

LLOREDA.—Es que hay tántas! Ojalá hubiera tántas haciendas como sociedades literarias...!

ROBLES.—Verdaderamente. Pues yo he venido á hacerme literato.

LLOREDA.—Pero no me dijo usted que ya lo era?

ROBLES.—De afición; ahora vengo á hacerme de profesión. Mi padre acaba de dejarme en herencia unos potreros...

LLOREDA.—Ah; era criador? Es una gran industria nuestra...!

ROBLES.—Sí, señor;... pues; yo me siento más atraído por las bellas letras...

LLOREDA.—Aquello también es muy bello! La vida física, el pastoreo, y luégo... lo productivo, caramba!

ROBLES.—Y usted que es del oficio, no cree que las letras sean productivas?

LLOREDA.—Pues... le diré: de ser sí lo son... Ahí tiene usted á Zola, que hizo un gran capital; Ibsen hizo algo también... y así otros...

ROBLES.—Pues eso es lo que yo quiero! salir de aquella medianía del pueblo, para hacerme una carrera... A usted qué le parece mi idea?

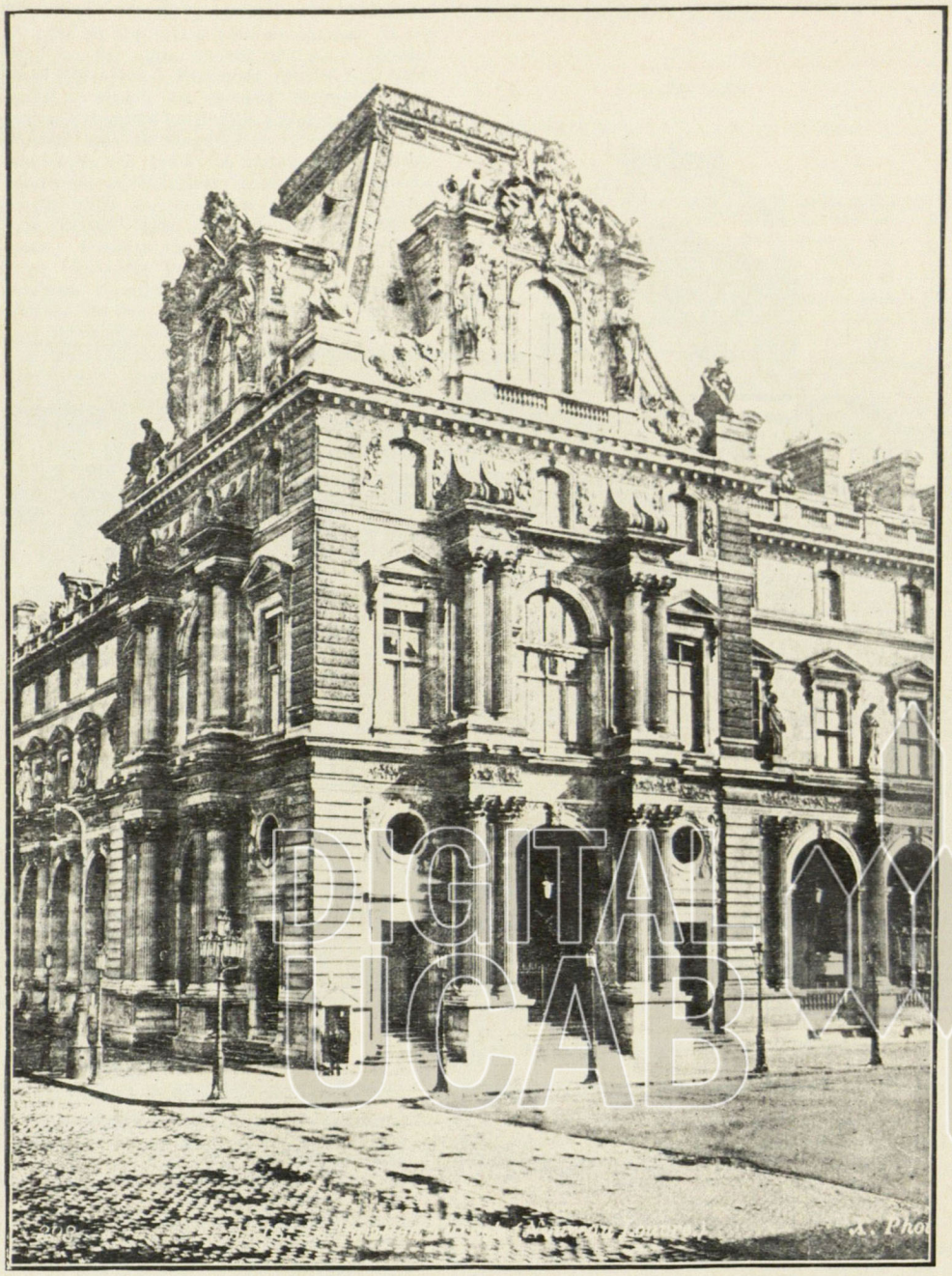
LLOREDA.—Bien, bien... sólo que, eso... yo no le diré que sea un imposible, pero sí que es muy difícil.

ROBLES.—Y á mí que no me parece tánto!

LLOREDA.—Quién sabe! En el punto á que ha llegado nuestra civilización, hay tántas cosas que saber...

ROBLES.—Sí; pero como no hay que hacer estudios...

LLOREDA.—En efecto; no hay que hacer cursos académicos... ¡ojalá con seis ú ocho años de cursos quedara uno enterado de todo! pero amigo,—yo no quisiera hacer compara-



PARÍS : El nuevo Louvre - El Pabellón Turgot

[De fotografía.]

ciones; sólo le cito un caso...—yo tengo ya cerca de veinte y cinco años de curso preparatorio...

ROBLES.—Para qué?

LLOREDA.—Para escribir unos cuantos articulejos literarios.

ROBLES.—Pues yo ya he hecho alguito... Tengo una colección de sonetos titulada «Flores de Laurel» á nuestros Héroes,—uno para cada héroe;—y ya no me faltan para terminarla más que trescientos cuarenta y uno...

LLOREDA.—Ah; no es nada...

ROBLES.—Lo más difícil es buscar los nombres de los héroes en la historia... Tengo también una oda en postales: «A los doce meses del año», en doce cantos, á canto por postal; un volumen de poesías «A Domitila», terminado ya; y una colección de novelas titulada «Los quince lirios de Andrés»—Qué me dice usted ahora?

LLOREDA.—Oh; que está muy bien... Es decir que usted piensa vender sus potreros?

ROBLES.—Ah! sí; la vida intelectual me llama; me siento atraído hacia la región de los cóndores altivos, donde florece el laurel inmortal...

LLOREDA.—Pues yo tengo desde hace tiempo muchas ganas de conseguirme un potrerito; estoy algo cansado...

ROBLES.—Y yo que no me canso nunca!

LLOREDA.—Se comprende.

ROBLES.—Es verdad; hay temperamentos muy resistentes.

LLOREDA.—Y qué opina usted de los sucesos de Europa?

ROBLES.—De cuáles?

LLOREDA.—De la cuestión social?

ROBLES.—Ah: como eso no es de mi ramo...

LLOREDA.—Es que hay que saber de eso... eso es la vida moderna; y los poetas del día están obligados á conocerla á fondo, á saber ó á procurar saber hacia dónde conducen todas esas revoluciones; qué las origina...

ROBLES.—Pues yo todavía no me he ocupado de eso; no lo creía necesario... Usted me hará el favor de indicarme la mejor manera de conseguirme una opinión sobre esas cosas... una opinión sensata, por supuesto!

LLOREDA.—Pues no es difícil; haciendo un estudio detenido de la época...

ROBLES.—Y cómo cree usted que sea mejor ese estudio?

LLOREDA.—Psch; penetrándose de su carácter; por sus producciones literarias, políticas, religiosas, económicas, mecánicas, etc. Después se busca usted la manera como se ha producido esta época...

ROBLES.—Y eso, cómo?

LLOREDA.—Fácilmente; estudiando el camino de la Historia; las diferentes civilizaciones que se han sucedido, las tendencias de cada una de ellas, sus orígenes, y el origen primero de la civilización, es decir, de la humanidad, para lo cual no tendrá usted nada más que conocer lo más exactamente posible las primeras evoluciones de la materia primitiva.

ROBLES.—Y qué libro me recomienda usted para eso?

LLOREDA.—Eso es lo malo; que los señores autores no están de acuerdo en todos los puntos, y hay que irlos consultando, comparando y juzgando á todos para empezar á tener una idea... —Y de esto del areoplano qué opina usted?

ROBLES. Ya le digo, como eso no es de mi ramo, no he procurado saber...

LLOREDA.—Es que eso hay que saberlo. Lo mismo que...—Usted ve aquella fotografía...? Es un cráneo anormal, el cráneo de un gran embaucador; y dicen que en ese cráneo hay todo un poema de revelaciones, que están escritos en él todos sus crímenes; usted conoce eso de los cráneos?

ROBLES.—Nó; tampoco he tenido oportunidad...

LLOREDA.—Ah; caramba! pues eso también hay que saberlo...

ROBLES.—¡También?

LLOREDA.—Sí; hombre... pero eso no es tan difícil. Hay que saber otras cosas más difíciles. Aquí tiene usted, por ejemplo, esta novela de un gran literato contemporáneo.... Aquí dice que Fulano, un hombre de hace qué sé yo cuántos miles de años, apretó la caja del fuego contra su pecho... qué le parece á usted esto?

ROBLES —Psch; me parece... bien...

LLOREDA.—Bien? Magnífico! Estupendísimo! Estas dos líneas, aquí, son el producto de años de años de trabajos, de estudios, de observaciones continuas...

ROBLES.—De modo que el autor de esto es un gran sabio?

LLOREDA.—Es un poeta.

ROBLES.—Y eso también hay que saberlo?

LLOREDA.—Cómo no; cómo no.

ROBLES.—Pero hay poetas que no saben nada, nada de eso.

LLOREDA.—Ah; pero ésos no valen un comino.

ROBLES.—Y usted cree que siempre ha sido lo mismo...?

LLOREDA.—Ya lo creo! Aquel Virgilio, allá, en aquel tiempo, sabía todo lo que se sabía entonces, por eso fue lo que fue; así como recientemente... usted conoce las obras de Gœthe?

ROBLES.—Cómo no! Fausto, Werther, Herman y Dorotea...

LLOREDA.—Entonces sabrá que el autor de todas esas obras, lo es también de un notable descubrimiento anatómico...

ROBLES.—Nó, no lo sabía ..

LLOREDA.—Pues eso también hay que saberlo.

ROBLES.—Caramba!

LLOREDA.—Eso y mil cosas más para ir empezando; y para comenzar á ganar unos pocos centavos, si acaso! Los poetas, me parece á mí que deben cantar su época, si quieren ser algo, y nuestra época es sumamente compleja. Ahora, no es eso todo: lo peor es que dado que todo eso se conozca ya al dedillo, falta lo más difícil: tener talento. Sin embargo, no hay que desanimarse; trabaje usted, estudie; usted es joven y el porvenir es suyo...

ROBLES.—Es que, francamente, no tengo tiempo... La atención de los potreros...

LLOREDA.—Pero no decía que iba á venderlos?

ROBLES.—Quizá no los venda ya.

LLOREDA.—Y quizá tenga razón; nuestro país necesita hombres de trabajo; es necesario explotar nuestra rica naturaleza, y después de todo, eso también es bello, bello como un himno de fuerza y de esperanza!

ROBLES.—Verdaderamente. Pues señor; he tenido mucho gusto.

LLOREDA.—El gusto ha sido mío, joven; ya sabe que aunque poco valgo, ese poco lo pongo á sus órdenes.

ROBLES.—Gracias; igualmente. Adiós.

LLOREDA.—Hasta la vista, pues, y que sea pronto. (*Sale* EMÉRITO ROBLES *y* LUCIO LLOREDA *vuelve á coger su revista, sonriéndose de una manera un poco irónica pero un poco bondadosa.*)

Y cae un telón que representa la pampa inmensa, desierta, con tres ó cuatro reses flacas en primer término... y una aurora enferma en el horizonte!

HENRIQUE SOUBLETTE.

Valle Abajo: diciembre, 1909.



COSTA RICA—Grupo de Delegados á la Conferencia Sanitaria Internacional americana y de sus familias

PAGINAS EXTRANJERAS

EL VIENTO

FRANCESA

El viento que está soplando en esta mañana de hoy, como de tempestad, es el viento de caza.

Pone á correr en el cielo á las nubes como largos cuerpos de armiño que se rompen y desgarran, reformándose sin cesar, y figuran animales de blasón, de un blasón inmenso que el viento épico va enriqueciendo con cada nuevo soplo.

Y sobre el mar hay otro escudo, mitad verde, mitad azul, por donde el viento hace cruzar sombras aún más negras.

En el bosque azota los pinos, y las copas de los pinos se agitan y los troncos rechinan, sudando la resina en gotas de laca.

En el remanso adonde llega el sol por entre dos nubes, suscita un resplandor fragmentado en centellas menudas, como una red entre cuyas mallas parecen las ondas pescados de oro.

Y sobre el puerto cerrado las barcas y los yates baten las velas como baten el ala las aves que el viento expulsa hacia el amparo de las tierras.

El tiempo está amenazante, el cielo se cubre de nubes, y la lluvia amenaza llegar muy pronto. El mar parece una inmensa pasta gris, que se levanta á trechos en ombligo, hinchado por las gotas que caen, gruesas y tibias.

Por dondequiera sopla este viento de tempestad, este viento verdaderamente diabólico.

PEDRO GUÉGUEN.

EL AMOR MODERNO

(FRAGMENTOS)

INGLESA

Concededle á la imaginación un puro esplendor sobre la forma humana y quien la posea, y avergonzaréis á los demonios con este repugnante juego de los hombres: la Imaginación que excita el apetito. De este modo han caído los mayores Gogmagog de la tierra, que nos deslumbraban y á quienes no podemos reverenciar. La imaginación es el guía que, á falta de otro mejor, conduce los cerdos. Así, pues, señora mía, dejadme amar. Mi amor se dirige hacia vos, hacia vuestro esplendor, como una flecha. Sabéis que yo no acertaría á reanudar el lazo roto por la mujer:—¿qué pensáis hacer entonces? El amor ó la villanía: hay que escoger entre los dos, porque fuera de ellos está la petrificación. ¿Qué viene á hacer aquí la Piedad? La Piedad mató algo, que ahora, ya muerto, nos es caro. ¡Oh! cuando me aconsejéis, pensad en lo que queráis decir.

—

Cedió: mi dama, con noble humor, ha cedido: ella, mi rosa coronada de oro! La novia de todos mis sentidos, más suave que las que exhalan el hálito de violeta de la virginidad. Oh! rostro de música silenciosa en el cielo, suave luna! Oigo tu canto, bella amiga. La verdadera harmonía interior puede percibir la muda harmonía de afuera. Atención, que ya está cercana. La creencia ha herido la nota sonora: un rasgo de vivo argento me muestra dónde agita sus largos dedos blancos en lo bajo del arroyo umbroso que le canta su canto, medio dormido, medio despierto. ¿Y quiénes son estos dos que vienen aquí á perturbar este celeste acuerdo? El uno es un hombre: y la mujer lleva mi nombre, mi honor. Sus manos se tocan. Estoy yo todavía domesticado? Dios mío, cómo se parece la luna á un espectro que danza!

—

He suplicado á mi Lady que piense en lo que quería decir. Y yo á mi vez, ¿sé acaso lo que quiero decir? Puedo amar á la una y estar al propio tiempo celoso de la otra? Nadie incurre en semejante locura. Supongo que el terrible Amor tiene el poder, casi muerto ya, de soliviantar y poner furiosos por medio de tenues suspiros los mares sin luz del egoísmo: mares que en el corazón del hombre no tienen lluvias que caigan y los apacigüen. ¿Podré yo conquistar la paz si vuelvo á esa fuente, á ese manantial de dolor, á esa mujer que es para el amor lo que el fuego es para la leña? Antaño exhalaba contra mis besos el olor de violeta de la virginidad. Pero yo dije: no! es un juguete de irrisión! Desamparado sobre las olas no sé lo que me hago ni dónde mi agito. El temor de que mi antiguo amor pueda estar vivo aún ha extrangulado en la cuna á mi nuevo amor.

—

¡Cuánta verdad es que muchas cosas que arrojamos al suelo como inútiles se convierten en gemas en cuanto otros las recogen! Nos empeñamos en abarcar toda la fortuna que es para ellos, y, por luz reflejada venimos á comprender todo el valor que poseen. Sin embargo, para nosotros no es nada todavía y estos celos de apreciación falsa se desvanecen pronto. Verdad poco sabida de las sombras humanas: cómo es raro que uno sienta por su propio instinto. Se devasta uno el alma por un despecho ficticio, que no es la fruta madura en su rama. Ambos hemos elevado nuestro voto no viable de frustrar una pasión que vive: leña para el fuego! Ella está grave y sus ojos miran el reloj que marca

la proximidad de la media noche. Hemos herido á dos corazones de desesperación. Oh! ¿Nos parecemos nosotros á una pareja que en cambio de nuevas nupcias cede gustosa en todo lo demás?

—

Voy á seguirla. Hay mucha gracia en la mujer cuando se inclina al martirio de este modo. Piensa uno que la dignidad del alma podrá venir, ¿quién sabe? con la dignidad del cuerpo. Cobarde! Pero me ha impresionado ese aire de fría tranquilidad de estatua que tenía al decir: «Me marcho.» Encendió una bujía, bajó la cabeza, con paso análogo al de una Palas audaz. Horrible indiferencia de la carne! Las manos del tiempo hacen un signo. Oh! y ella se escapa de mí! Dentro de estos muros secretos, ¿qué es lo que veo? Donde primero puso la bujía, allí está aún: no una Palas sino una púdica Febe. Los pensamientos tan negros como la muerte, parecidos á un mar agitado, al sol que brilla, rómpense. La agarro por las muñecas. Ella desfallece, y como resistiendo á medias murmura: «Me amáis?..... Me amáis?... me amáis?...» con un soplo tenue....

GEORGE MEREDITH.

ECONOMIA NACIONAL

—

CROATA

¡Que viva, que viva la patria—decía á grito herido; y sus ojos brillaban con el fervor del entusiasmo. En aquel momento nada hubiera encontrado de extraordinario en que alguien le hubiese pedido que sacrificara su vida por la felicidad de la patria. En realidad, no hubiera podido ofrendar otra cosa. En toda la vasta patria no poseía un solo palmo de tierra, ni siquiera una sola paja de la más mísera casucha. De tal modo que después que se hizo la división de los pastos del ayuntamiento, no podía poseer ni siquiera una cabra, y tenía que trabajar con mucho mayor ahinco á fin de poderles comprar á los chicuelos una que otra vez, un poco de leche.

Pero eso ¿qué importaba? Su corazón, su gran corazón incólume amaba á la patria, la cual apenas le permitía servirse de la calle que es para todos; pero el amor lo confundía todo á sus ojos y cuando veía á la patria hermosa, graciosa y fértil, sentíase verdaderamente rico y con religioso orgullo entonaba el himno nacional:

«¡Oh hermosa patria nuestra!»...

Hambriento, entre el llanto de los hijos sin pan, él se creía feliz, porque pronto verá á la patria en medio á los afanes de la cosecha de los granos y entonces la nación se enriquecerá.

—¡Que viva, que viva la patria, decía á voz en grito, y junto á él, en la marea de la entusiasta muchedumbre, estaba un elegante, rico y distinguido señor, el cual poseía gran cantidad de casas, fábricas y tierras—uno de aquellos elegidos en cuyas manos la patria ha depositado todos sus tesoros, todas sus regiones ubérrimas

Desde el comienzo, con una sonrisa irónica entre los labios, escuchaba el grito de la muchedumbre; luégo se manifestó en su rostro una expresión de rabia y desprecio. Y finalmente vino á estamparse sobre su faz una sombra de miedo.

—¡Quién diablo me traería aquí! Podría creerse que yo pertenezco á la comunidad de estos exaltados—decía para sí, escondiéndose hábilmente tras las espaldas del otro. Y en realidad tal afirmación era infundada, pues él había demostrado en toda ocasión ser hombre mesurado y tranquilo, de notorio espíritu práctico. Y ninguna razón tenía para mostrarse como un revoltoso temerario. En la última sesión parlamentaria ¿no le había dado su voto al tratado comercial con la nación vecina, tratado con el cual iba á perjudicarse mucho la patria? Pero eso no importaba: con aquel voto se había ganado una gran condecoración! No podía, pues, tener miedo respecto á su fama. Pero todo el mundo tiene enemigos y alguno de los suyos podría demostrar en los círculos oficiales que él también había estado en alguna relación con el entusiasta grito de ¡viva la patria! Y precisamente ahora, cuando estaba trabajando por conseguir un gran título de nobleza, barón ó conde!

—¡Que no se convirtiera todo en humo!

—¡Al diablo la patria!—murmuró entre dientes; y á viva fuerza se abrió paso por entre la muchedumbre, y se dirigió de prisa á su espléndido palacio, donde lo aguardaba un banquete delicioso colmado con todos los dones de la patria.

El otro, después de haber victoreado á la patria hasta más no poder, volvió tarde en la noche á su mísero tugurio, del cual debía ser expulsado esa misma noche por no haber pagado el exiguo alquiler; y se encontraba ahora á la intemperie con sus hijos: y la patria, su querida patria, desplegaba sobre su cabeza su inmenso cielo estrellado. ¡Ah, qué noche tan fría! Y cómo percibía que le llegaba de la lejanía un eco misterioso que le susurraba al oído:

—¿Cómo? No posees un palmo de tierra, ni un techo, y sin embargo, existe la patria!

KSAVER SANDOR GJALSKI.

PÁGINAS EXTRANJERAS.
TRAD. ESPECIAL DE EL COJO ILUSTRADO.

DE PROFUNDIS (*)

POR

OSCAR WILDE

—

Traducción de JOSÉ AUSTRIA

—

(Comenzó en el número 427)

—

Las fuerzas emocionales, como lo dije en alguna parte de *Intenciones*, son tan limitadas en extensión y duración como las fuerzas de la energía física. La pequeña copa hecha para contener determinada medida, la contiene y nada más, aun cuando las cubas de la Borgoña desborden de vino ó los viñateros amontonen hasta sus rodillas las vendimias en las pedregosas viñas de la España. No hay error tan común como el pensar que los que son las causas ó las ocasiones de una gran tragedia, comparten los sentimientos que convienen á la actitud trágica: ningún error es tan fatal como esperar de su parte tales sentimientos. El mártir dentro de su «manto de llamas» puede contemplar la faz del Señor, pero para aquel que arrima los maderos ó atiza el fuego para que ardan, el espectáculo no es más impresionable que el acogotamiento de un buey por el carnicero, el abatimiento de un árbol por el leñador en la floresta, ó la caída de una flor para el cultivador de la pradera. Las grandes pasiones son para los que tienen una grande alma y los grandes sucesos no pueden ser vistos sino por aquéllos que están á su nivel.

. . . . . .

En todo el drama, y desde el punto de vista del arte, no conozco nada que sea comparable á la creación que hizo Shakespeare de Rosencrantz y de Guildenstern: nada que sea más sugestivo en la sutileza de su observación. Son los camaradas de colegio de Hamlet. Fueron sus compañeros. Llevan consigo el recuerdo de los días encantadores pasados juntos. En el momento en que ellos le encuentran, en la pieza, él vacila bajo una carga intolerable para quien sea de su temperamento. Los muertos han salido armados de sus tumbas para imponerle una misión á la vez demasiado grande, y demasiado mezquina para él. El es un soñador puesto en el trance de actuar. El tiene la naturaleza del poeta y se le exige que se rija con la común complexidad de la causa y del efecto, con la vida en su realización práctica, de la cual no conoce nada, y no con la vida en su esencia ideal, que él conoce muy bien. No tiene idea alguna de lo que debe hacer y su locura es el fingimiento de la locura. Bruto se sirvió de la demencia para ocultar la espada de su designio, la daga de su deseo, pero la demencia de Hamlet es una simple máscara para disimular su debilidad. En los juegos de ingenio, en los entretenimientos pueriles, él veía un medio de aplazamiento. Obstinábase en jugar con la acción, como el artista juega con una teoría. Hízose el espía de sus propios actos y oyendo sus propias palabras, sabe que no son sino «palabras, palabras, palabras». En vez de tratar de ser el héroe de su propia historia, busca ser el espectador de su propia tragedia. Duda de todo, inclusive de sí mismo, y sin embargo su duda no le socorre, porque ella no es el resultado del escepticismo, sino de una voluntad sin vigor.

A todo esto, Guildenstern y Rosencrantz, nada comprenden. Se inclinan, sonríen y asienten, y lo que el uno dice el otro lo repite con la mas lánguida entonación. Cuando al fin, por medio de un drama dentro del drama y de fantoches cambiando ternuras, Hamlet, «sorprende la conciencia» del Rey y le arroja de su trono, miserable y aterrado, Guildenstern y Rosencrantz no ven en su conducta sino una penosa infracción á la etiqueta de la Corte. Hasta ahí no más, es que pueden llegar en «la contemplación del espectáculo de la vida con emociones apropiadas». Están cerca del secreto y no saben nada. Y no sería de utilidad alguna el revelárselo. Son las copas pequeñas que contienen determinada cantidad y nada más. Hacia el final, queda indicado que, cogidos en un lazo que alguien tendió á otro, han encontrado ó encontrarán la muerte súbita. Pero semejante fin trágico, bien que el humor de Hamlet desflore sobre él algo de la sorpresa y la justicia de la comedia, no conviene realmente á personajes como ellos. Ellos no mueren jamás. Horacio, que á fin de «defender ante los descontentadizos á Hamlet y su causa»,

Absents him from felicity a while,
And in this harsh world draws hisbreath in pain,

muere, pero Guildenstern y Rosencrantz son inmortales como Angelo y Tartufo y deben tomar rango junto á éstos. Ellos constituyen la contribución de la vida moderna al antiguo ideal de la amistad. Quien escriba un nuevo tratado *De Amicitia* deberá reservarles un sitio y cantarles en prosa tusculana. Son tipos fijados para todos los tiempos. Censurarlos sería demostrar «falta de apreciación». Están simplemente fuera de su esfera: esto es todo. Con la sublimidad de alma, no hay contagio. Los altos pensamientos y las grandes emociones están aislados por su existencia misma.

Si todo marcha bien, seré puesto en libertad hacia fines de mayo, y espero partir in-

(*) Damos aquí el final del *De Profundis* de Oscar Wilde, cuya traducción, hecha por nuestro distinguido colaborador señor José Austria, ha sido tan alabada por el feliz desempeño del trabajo artístico.



San José de Costa Rica - Asilo Chapuí

DIGITAL UCAB

mediatamente para alguna pequeña villa marítima del extranjero, con R..... y con M.....

El mar, como dice Eurípides, en una de sus piezas sobre Ifigenia, lava las manchas y las heridas del mundo.

Espero permanecer un mes por lo menos en compañía de mis amigos, recuperar la calma y el equilibrio, dejar mi corazón menos atormentado y readquirir disposiciones más pacíficas. Experimento un extraño deseo por las grandes cosas simples y primordiales, como la mar que es una madre para mí, lo mismo que la Tierra. Paréceme que nosotros todos contemplamos demasiado la Naturaleza y vivimos demasiado poco con ella. Discierno una gran razón en la actitud de los Griegos. Jamás peroraban acerca de las puestas del sol ni disputaban para decidir si las sombras en los céspedes eran color de malva ó no. Pero veían que el mar es para el nadador y la arena para los pies del paseante que quiere correr. Amaban los árboles por la sombra que proyectan y la floresta por su silencio al medio-día. El viñador tejía la hiedra en sus cabellos á fin de interceptar los rayos del sol, cuando se inclinaba sobre los tiernos vástagos y cuanto al artista y al atleta, los dos tipos que la Grecia nos ha legado, tejían en guirnaldas los ramos del laurel amargo y de la cicuta, que de otro modo no hubieran sido de utilidad alguna para los hombres.

Denominamos utilitaria á nuestra época y no hay ni una sola cosa cuyo uso conozcamos. Hemos olvidado que el agua puede lavar, purificar el fuego, y que la tierra es nuestra madre. En consecuencia nuestro arte carece de resplendor, como la luna, y se entretiene con sombras, mientras que el arte griego tiene el resplandor del sol y se dirige directamente á las cosas. Tengo la convicción de que en las fuerzas elementales hay una fuente de purificación y quiero volver á ellas y vivir en su presencia.

Ciertamente, para quien es tan modernista como yo lo soy, «Enfant de mon siècle», contemplar simplemente el mundo, será siempre amable. Me estremezco de placer cuando pienso que, el día que sea puesto en libertad estarán floreciendo el citiso y las lilas en los jardines, y que veré cómo el viento agita con trémula belleza el oro del uno y cómo balancea los penachos de pálida púrpura de las otras, de manera que el aire será para mí como los perfumes de la Arabia. Lineo cae de rodillas y llora cuando ve por la primera vez los altos brezos de cierta llanura inglesa todos amarillos por las flores silvestres y aromáticas de las trepadoras comunes y yo sé que para mí, poseído del mismo deseo de las flores, hay lágrimas que me esperan en los pétalos de una rosa. Siempre fue así, desde mi infancia. No hay un solo matiz oculto en el fondo del cáliz de una flor, no hay una curva de caracol á las cuales, por alguna sutil simpatía con el alma de las cosas, mi naturaleza no responda. Como Teófilo Gautier, yo soy de aquellos «para quienes el mundo exterior existe.»

Sin embargo, tengo ahora conciencia de que, bajo toda esa belleza, por más halagadora que sea, hay un espíritu oculto, del cual las formas y pintados contornos sólo son caracteres de manifestación, y es con ese espíritu con el que yo deseo ponerme en armonía. Estoy cansado de fórmulas articuladas en los hombres y en las cosas. Lo Místico en el Arte, lo Místico en la Vida, lo Místico en la Naturaleza, hé ahí lo que busco. Y me es absolutamente necesario encontrarlo.

Cada vez que somos juzgados, es para que sea juzgada toda nuestra vida, lo propio que todas las sentencias son sentencias de muerte —y yo he sido juzgado tres veces. La primera, dejé la sala para ser arrestado, la segunda, para ser traído á la casa de detención, la tercera para ir á la cárcel por dos años. La sociedad, tal como la hemos constituído no me ofrecerá sitio alguno, ni hay en ella ninguno que se me pueda ofrecer: pero la Naturaleza, cuyas dulces lluvias caen lo mismo para los justos que para los injustos, tendrá entre las rocas rincones donde yo pueda ocultarme y valles secretos en cuyo silencio pueda llorar sin ser interrumpido. Ella colgará sus estrellas de la clámide nocturna para que yo pueda marchar sin tropiezo en las tinieblas y enviará el viento á soplar sobre la huella de mis pasos, á fin de que nadie me persiga á muerte: ella me purificará en sus grandes aguas y me sanará con sus yerbas amargas.

OSCAR WILDE.



† DOCTOR GASPAR MARCANO

—

El 17 de enero próximo pasado falleció en París el eminente venezolano Doctor Gaspar Marcano, uno de los hombres de ciencia más notables con que contaba Venezuela.

El Doctor Marcano nació en Caracas, en 1850. Muy joven aún se trasladó á París, con el objeto de emprender en la capital francesa los estudios de medicina que tántos triunfos habían de proporcionarle. Ya para el año de 1867, antes de cumplir la edad que reclaman las leyes francesas en la materia, era Externo de los Hospitales de París, y al año siguiente ganó en concurso el Internado en propiedad, y pasó á servirlo en el Hospital Boyon, donde fue muy distinguido y estimado por el famoso profesor Velpeaux. Cuando murió éste, Marcano se presentó á un concurso abierto para proveer el puésto de Cirujano de los Hospitales de París. Obtuvo como siempre, en este caso, un magnífico triunfo; pero las leyes francesas son concluyentes en este punto y prohiben que desempeñe dichó empleo quien no sea ciudadano francés. Alguien le propuso á Marcano que adoptara la nacionalidad francesa, para que pudiera entrar en posesión del puésto ganado; pero él prefirió renunciar aquel honor antes que á ser venezolano. Poco tiempo después fue nombrado Jefe de Clínica honorario en el Hôtel-Dieu.

Era miembro de la Academia de Medicina de París; miembro honorario de la *Sociedad Anatómica*, titular de las de *Clínica* y *de Antropología* y caballero de la Legión de Honor.

Publicó varios volúmenes sobre importantes temas científicos, además de una gran cantidad de estudios y artículos en diversas revistas de Alemania, Francia é Italia. Sus obras más importantes y conocidas son: la *Etnografía precolombiana*, trabajo extenso y de gran mérito dividido en tres estudios: 1º *Valles de Aragua y de Caracas;* 2º *Región de los raudales del Orinoco;* 3º *Indios piaroas y guahibos.* El caudal de doctrina y la compacta y extensa suma de datos y noticias que contiene, la acreditan como una obra capital para el estudio fructuoso de nuestras tribus indígenas. *La psoitis traumática* y *El dedo de resorte* son monografías de patología quirúrgica muy alabadas por los especialistas. En sus obras científicas usaba la lengua francesa.

Pertenecía el doctor Marcano á aquella especie de sabios que no sólo culminan por su amplia y sorprendente cultura intelectual y su competencia técnica, sino que á estas altas prendas del entendimiento, juntan un corazón de oro, un desprendimiento no muy común en el ejercicio de su profesión de médico y cirujano. Más de un compatriota puede atestiguar ese desinterés generoso con que se prestaba á aliviar los males del prójimo con asiduidad de hombre de ciencia y altruismo de justo.

Con él desaparece uno de los más resonantes y sólidos prestigios de que podían gloriarse con justicia las Ciencias médicas venezolanas.

A MI MADRE

—

Madre, es el símbolo más augusto de todas las virtudes, es el sonoro conjunto de todas las armonías, es el estuche delicado y fino que guarda nuestro más puro afecto, es un sol resplandeciente que vivifica y da vida á todos los corazones del mundo; es, en una palabra, la síntesis más sublime y grandiosa de las creaciones de Dios.

Madre! es la primera exclamación que balbucean nuestros tiernos é inocentes labios. ¡Madre mía! es también un lamento del corazón lastimado, el ay! más consolador de nuestros grandes dolores, y la última expresión del alma al exhalar su postrimer suspiro.

Es la madre, la imagen más acabada de todos los martirios, y la más aproximada á nuestro divino Redentor; su misión es sacrosanta y admirable, constituye en este valle de angustias y de tristezas, un prolongado calvario de dolores, y un océano profundo de inmensa abnegación. ¡Oh, madre, tus alegrías como tus angustias por el fruto de tus entrañas, no son comparables con nada, son únicas, pues desde el primer instante en que tu alma virginal es bañada con la divina esencia del más santo amor, para sumergirse luego en las cristalinas aguas de la maternidad, comienza tu angustioso viacrucis, y el vehementísimo deseo en ver, cuanto antes, convertido en hijo amado ese soplo divino de la naturaleza, el cual viene á representar para ti tu verdadera existencia, el paraíso encantado de todas tus alegrías, tu legítima felicidad, todo!

¿Existirá en el mundo, ni entre todas las creaciones del Altísimo, una obra más perfecta, ni más completa que la de una madre? Nó, ella significa la esencia purísima del alma, la hermosa y blanca ilusión de la esperanza, la vida entera, entre los sonrosados albores de su más rico entusiasmo y la tierna y graciosa sonrisa de su hijo idolatrado, abre su tienda de encantos, la que involucra para su espíritu la más alta cumbre de todos sus ideales; ella, le da su vida á tan amado sér, alimenta con su sangre su propia sangre, riega y fortifica con su bendita savia el encantador y blanco retoño de su amor y en muchas ocasiones, pareciéndole poco el tributo de su sangre y de su savia, con la mayor resignación le da toda su vida, y satisfecha y complacida, desciende al seno del sepulcro, entonando el himno del deber y de la gloria.

Al dedicarte, madre adorada, estas expresiones de amor del alma mía, solázase con demasía mi espíritu, y elevo mis gracias al Infinito, por tenerte á ti, y poderme contar entre los bienaventurados de la tierra; compadeciendo á la vez á los que no la tienen, y júrote, madre mía, que á través de todos los sinsabores de la vida, y de las rudas batallas por la humana existencia, conservaré pura y blanca tu memoria, sin que la más ligera sombra empañe nunca tu recuerdo, ni tampoco el de mi padre amado, pues á semejanza del águila caudal de las montañas que sólo habita en las alturas, allí será donde siempre radicará tu memoria, y junto á ella, mi eterno amor.

DIEGO ARCAY SMITH.

Valencia: 1909.

HISTORIA DEL ARTE

POR MEUNIER

—

[Traducción de Feder Spiegel]

—

(Extracto, en la parte que se refiere á la pintura y la escultura)

—

(Continuación)

—

EL ARTE ANTIGUO

(Arte Egipcio)

Decía Herodoto que los egipcios eran los más religiosos de todos los hombres. Tenían, en efecto, una larga serie de divinidades: la principal era la personificación del Sol, el astro fecundante y bienhechor de las cosechas, el dios del Nilo y también los demonios malhechores que presidían la noche y las tinieblas. A veces representaban estos dioses con las formas de animales y aun adoraban algunos de éstos, como los leones, los cocodrilos, los gatos y los ibis. Algunas ciudades dedicaban un culto particular á uno de estos animales, con exclusión de los otros; así en Menfis se adoraba al buey Apis, cuidadosamente escogido, y enterrado en el *Serapeum* con grandes honores, cuando moría.

Sus creencias sobre la vida futura estaban relacionadas con las ideas supersticiosas que abrigaban respecto á sus dioses. Creían que después de su muerte algo del hombre continuaba viviendo; una especie de *duplicado*, que venía á ser como una sombra intangible semejante al cuerpo, y para que este *duplicado* estuviese satisfecho, se debía conservar cuidadosamente el cadáver del muerto impidiendo su descomposición. Esta creencia explica la atención con que los egipcios embalsamaban sus muertos y las precauciones que tomaban para ponerles al abrigo de los profanadores conservándolos en tumbas de un género particularísimo.

Las ideas relativas á la divinidad nos hacen comprender, asimismo, la arquitectura y la disposición de los templos que eran considerados como la morada de un dios.

—

La escultura era un acto honrado por los egipcios. Las primeras estatuas fueron de madera y de piedra y representaban difuntos; se las ha encontrado en los alrededores de Menfis. Las formas son rígidas y las fisonomías desprovistas de expresión. Representan al sacerdote Sepa y á su mujer Nisa y se remontan á los principios de la III dinastía.

Ya desde los fines de esta dinastía la escultura alcanza á cierto grado de perfección. Los cuerpos tienen más delicadeza y los rostros más expresión, como puede verse por las estatuas del general Ra-ho-tip y de su esposa Nefert.

En la época de la IV dinastía el arte egipcio alcanza su apogeo. El *escriba sentado en el suelo*, del Museo del Louvre, atestigua, en efecto, un conocimiento profundo de la anatomía del cuerpo humano, una ciencia completa del detalle que da á los rasgos del rostro un aspecto viviente y que atestigua el empleo de procedimientos muy ingeniosos en la factura de los ojos, hechos de cuarzo blanco, con pupila de cristal y con párpados de bronce.

Aun se podría citar gran número de obras de la misma época, como la estatua llamada Cheik-el-beled, y las «amasadoras de pan» del museo de Boulag.

El gusto de los egipcios se manifestaba por las estatuas colosales de los reyes y de los dioses, colocadas en las puertas y en los patios de los templos. Su presencia pesada y desgarbada era más molesta que agradable.

En cuanto á los bajo-relieves que cubrían los muros de los templos y de las tumbas, reproducen generalmente grupos de hombres y de animales observados con muy escrupulosa atención, en los primeros tiempos por lo menos. Pero á partir de la XVIII dinastía, los escultores, en vez de estudiar la naturaleza, se copian unos á otros; de lo que resulta una absoluta falta de verdad, actitudes rígidas y conjuntos monótonos y desprovistos de vida.

Nada diremos de la pintura en Egipto. Es primitiva, sencilla y no ofrece interés alguno esencial. Los colores brillantes desleídos en agua y una especie de goma, desarrollados sobre las paredes de las tumbas y en los estuches de las momias, son el producto de un arte infantil, sin otro encanto que el de una frescura y una conservación absoluta, después de tres mil años que hace que se fijaron.

(El Arte Asirio-babilónico.—El Arte Persa)

Asiria al norte y Babilonia al sur, forman dos grandes llanuras, de las cuales la primera, cortada por ondulaciones rocosas, se halla atravesada por el curso superior del Tigris, mientras la segunda, baja y pantanosa, se extiende por la región donde se unen el Tigris y el Eufrates.

Estas dos comarcas, secas y abrasadoras en el estío y heladas en el invierno, sólo ofrecen á la mirada vastas extensiones monótonas, que cansan la vista, sin que le procure descanso accidente alguno que rompa tan fatigosa uniformidad. Esta monotonía se manifiesta en el arte de los antiguos habitantes del país, en esos palacios inmensos, que despliegan en medio de soledades desoladoras, sus líneas indefinidamente prolongadas, que se confunden con los postreros límites del horizonte.

El clima del antiguo imperio de los persas difiere en varios puntos del de Asiria y Babilonia. Este imperio se hallaba situado en la vasta meseta de Irán, limitada por las montañas de Armenia al oeste y al este por las de la India. La parte oriental, glacial en invierno y de un calor sofocante en estío, es casi inhabitable, por lo que su civilización se desarrolló, desde los tiempos primitivos, en la parte del oeste, en región fértil y bien regada que formaban la Media, al norte, Persia y Susania al sur.

Se encontraban, además, en esta región, piedras y mármoles que facilitaban el desarrollo de la escultura y de la arquitectura.

Estas razones explican las diferencias que existen entre el arte asirio y el arte persa. Estos habitaban una región naturalmente fecunda, mientras que los pueblos de las orillas del Tigris habían de vivir agobiados por la lucha incesante con el suelo ingrato, para suplir con la industria los recursos que la naturaleza les negaba. De aquí que la arquitectura, arte oriental por excelencia, era más ligera y más graciosa en Persia que en Asiria. Las paredes eran menos gruesas en los palacios persas que en los asirios, y los pórticos, mejor distribuídos por elegantes columnatas, daban al edificio un aspecto gracioso y risueño.

(*Continuará*).

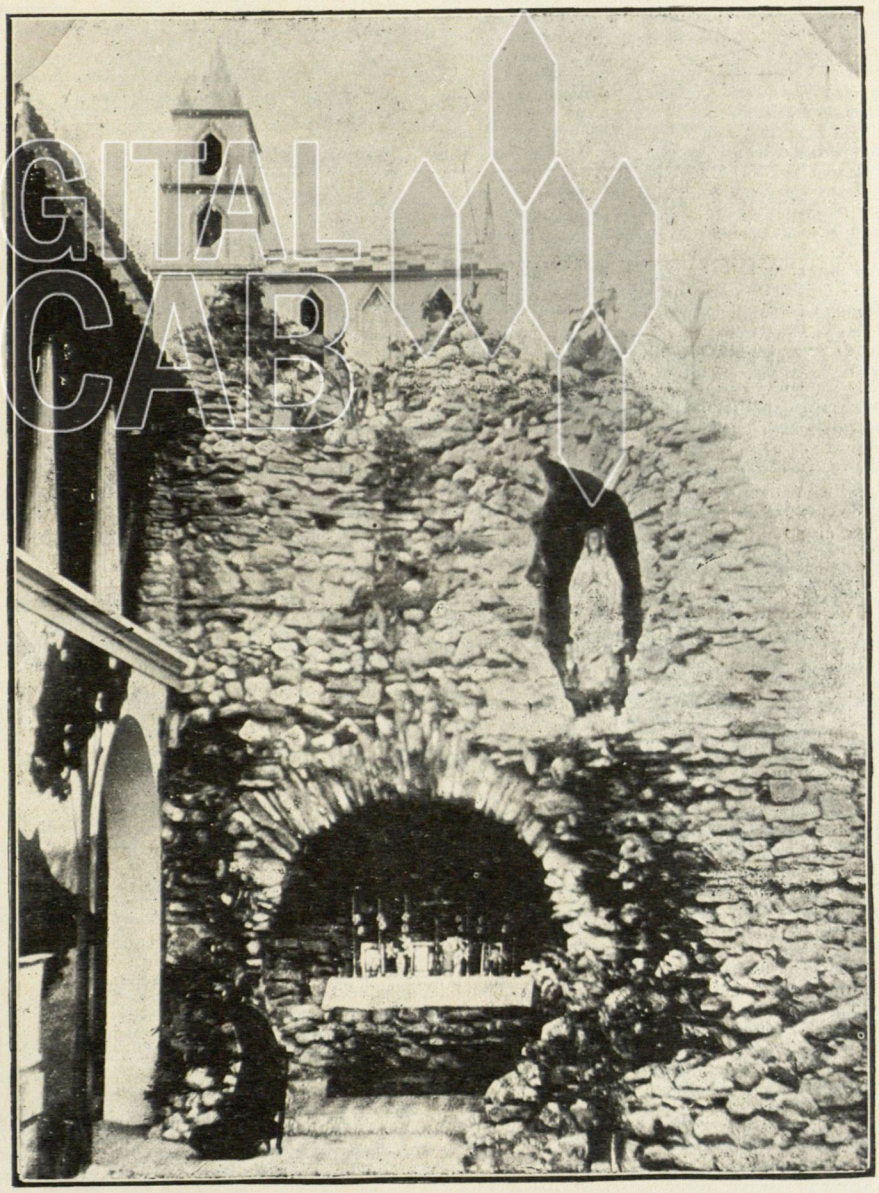
NUESTROS GRABADOS

Alexis Vollon: Cuadros de Pierrot.—Sin la espiritual galantería y la gracia traviesa de Arlequín, pasea Pierrot por los escenarios su figura de mistificado, rumiando su perenne melancolía, poetizando á la luz de la luna, su amada confidente. Fervoroso del cándido amor que no logrará ser debidamente correspondido por la locuela que se divierte en jugar con su corazón, tratará de holgar, al tenor de los demás, en el bullicio de las carnestolendas, su pálido romanticismo, simulando con máscara de alegría y cascabeleos de risa el alma crucificada y enferma. Empero, en privación de los recursos y habilidades de su rival, su atrabiliario espíritu, velado en vano por las emociones locas, tal como la triste faz embadurnada de blanco, romperá los lazos inútiles y se irá al jardín solitario en que gustan merodear sus angustias, á contar sus desventuras á la luna, bondosa y paciente.

Pierrot, derivado de uno de los antiguos y más célebres personajes de la comedia italiana, considerada por la crítica como la primera nodriza del teatro francés, pasó al escenario de éste por el siglo diecisiete, cuando la lengua italiana se hizo familiar en la corte de Francia, debido primero á las expediciones de Carlos VIII, Luis XII y Francisco I y después á la regencia de Catalina de Médicis.

Pierrot enamorado: Dibujo de Federico Brandt.—Federico Brandt, apreciable colaborador artístico de nuestra Revista, nos ha obsequiado con el expresivo dibujo de *Pierrot enamorado* que damos en este número y en cuya ejecución se demuestran notables dotes, prometedoras para mañana de muy buenos éxitos.

Henry Paul Motte: Heliogábalo y sus huéspedes.—Emperador romano célebre por el horror de sus crímenes que, según muchos historiadores, llegó á sobrepujar á los de Tiberio y de Nerón.—El famoso cuadro de Motte recuerda el episodio del cruel emperador, según el cual hacía éste amansar leones y leopardos, y cuando habían perdido su ferocidad los introducía en los comedores para burlarse del terror de los comensales. Así



Gruta de Nuestra Señora de Lourdes en Santa Lucía

también se cuenta que repetidas veces cubrió tan profusamente de flores, por medio de máquinas, sus triclinios que algunos de sus huéspedes murieron asfixiados. Heliogábalo reinó, con la mayor impudicia, en los años de 204 á 222.

Frank Dicksee: El hada de los bosques.—Es de una alegoría encantadora este cuadro de eminente belleza. Sobre gentil corcel, en la diáfana paz de la naturaleza, cruza el hada la espesura silvestre cuajada de flores y aromas, depositando fugaz aunque plenamente la frescura arrobadora de su beso en la faz del soñador, adalid y poeta.

Joseph Aubert: La encina sagrada.—Rememora la expresión y hermosura de este cuadro el antiguo rito de la encina legendaria. A un lado los pastores,—mientras el viejo sacerdote esgrime la hoz—del otro las vírgenes reciben en los blancos velos los floridos ramos sagrados.

Joh Fr. Hockert: Incendio en Stockolmo.—La catástrofe á que se refiere el grabado tuvo lugar en el siglo diecisiete, precisamente por los años en que comenzó á ser Stockolmo la efectiva capital de Suecia. Como casi todas las casas eran de madera, hubo de sufrir otros varios incendios en los siglos dieciocho y diecinueve, siendo el último en el año 1857.

Monumentos de París.—El mundo entero tiene fijas las miradas en la célebre capital, azotada hoy por inmenso desastre. Durante varios días, desbordado el Sena, ha cubierto con sus aguas avasalladoras gran parte de la población. Hundiendo muchos de sus muelles con la violencia del empuje, ha invadido varios de los notables edificios que se elevan en sus riberas, sumergiendo plazas y calles y causando derrumbes sobre los ferrocarriles subterráneos. De los 28 puentes que el Sena atraviesa han sido cerrados algunos al tráfico y clausuradas las fábricas y máquinas de los alrededores de París.

El Sena atraviesa á París de sudeste á noroeste describiendo una gran curva, con una anchura máxima de 293 metros y recorriendo dentro de la capital un trayecto de 12 kilómetros, encauzado por dos muelles que disminuyen su anchura, pero que aceleran demasiado la corriente en muchos sitios. De las dos partes en que divide á París la del norte es la más importante y poblada.

El arrabal de San Germán, situado en la orilla izquierda, está ocupado por los Hoteles de la aristocracia de la sangre, la mayor parte de los Ministerios y las embajadas. En los de San Antonio y del Temple, de la orilla derecha, predominan los establecimientos industriales, mientras que los de S. Martín, San Dionisio y Poissonnière son esencialmente comerciantes. En el barrio latino ó de las Escuelas está la Universidad y gran parte de los establecimientos científicos de París.

En este número presentamos varias vistas del Palacio de El Nuevo Louvre, cuyos subsuelos han sido ya alcanzados por las aguas, de tal modo que un destacamento de ingenieros trabaja activamente en murar los respiraderos de las cuevas y las ventanas del piso inferior. El Nuevo Louvre se extiende al oeste del Viejo Louvre hasta más allá del Arco de Triunfo del Carrousel, donde se enlaza con las dos alas del antiguo palacio de las Tullerías. Sus ricas fachadas con pabellones terminados en cúpulas; sus columnas corintias, sus pórticos, sus cariátides, sus 86 estatuas colosales de celebridades francesas y sus 63 grupos de estatuas alegóricas, le dan carácter muy distinto de aquél.

En nuestro próximo número publicaremos algunas otras vistas notables de París.

Convención sanitaria americana.—La cuarta conferencia sanitaria internacional de las repúblicas americanas se efectuó últimamente en San José, del 25 de diciembre al 3 de enero de este año; concurrieron doce de las veintiuna repúblicas y los representantes fueron los Doctores:

Juan J. Ulloa, Elías Rojas, José María Soto Alfaro y Carlos Durán, por Costa Rica.
Martín Amador, por Colombia.
Hugo Roberts, por Cuba.
Manuel Camilo Vial, por Chile.
Walter Wyman, J. W. Amesse y R. H. von Esdorf, por los Estados Unidos de América.
Eduardo Liceaga y Jesús Mojarrás, por los Estados Unidos de Méjico.
P. Acosta Ortiz y L. Razetti, por los Estados Unidos de Venezuela.
Nazario Toledo, por Guatemala.
Fernando Vásquez, por Honduras.
Horacio Castro, por Nicaragua.
Belisario Porras, por Panamá.
Alfonzo Quiñones M., por el Salvador;
y Albert Hale, Representante del Bureau de las Repúblicas Americanas, establecido en Washington.

El programa de la Conferencia, establecido de antemano, se contrajo á puntos importantes relativos á saneamiento de ciudades, y en especial de puertos, y á asuntos relacionados con la Convención de Washington, y otros problemas que surgieron nuevos, todos de gran trascendencia para los países americanos, y que fueron tratados con gran extensión.

Tanto los delegados como sus familias fueron objeto de atenciones y obsequios de todo género por parte de la sociedad josefina, y entre los festejos oficiales citaremos: el Banquete ofrecido por el señor Presidente de la República y al cual asistieron los altos dignatarios del tren oficial y el cuerpo diplomático; recepciones en casa del Ministro de Relaciones Exteriores y en la Legación Mejicana, una función de gala en el Teatro Nacional, un suntuoso baile en el mismo, dado por la Sociedad de San José en honor de los Delegados y de sus familias y paseos y excursiones á diferenres lugares de los alrededores.

Gruta de N. S. de Lourdes en Santa Lucía.—Engalana nuestras páginas un facsímile de la Gruta de N. S. de Lourdes, erigida en la parroquia de Santa Lucía por su celoso párroco Presbítero Reinaldo Rivero, ayudado eficazmente por sus feligreses. Construída toda de piedra, ostenta en su cima en delicada miniatura la basílica de Lourdes, simulando á sus plantas un hilo de plata que recuerda el Gave, trono de bellísima imagen, nada tiene que envidiar á las ya conocidas de Maiquetía, Puerto Cabello, Villa de Cura y Ocumare del Tuy.—En este mes se celebrará la *primera peregrinación* á Santa Lucía, para la cual hay grande entusiasmo.

SUELTOS EDITORIALES

Ad eram sepulchri.—Ha sido muy del agrado de nuestros lectores la sentida composición que, con este título, publicamos en nuestro número anterior y cuyo autor, el egregio poeta Gabriel E. Muñoz, gozó de tan justa fama, como uno de los más afortunados cultores del helenismo entre nosotros. La mencionada composición pertenece á «Hojas Amarillas», las cuales fueron escritas en su mayor parte durante la primera juventud de Muñoz, y nos fue cedida galantemente por nuestro distinguido colaborador y amigo el señor Leopoldo Torres Abandero, quien guarda como rico tesoro los manuscritos del inolvidable autor de *La Muerte de Pan* y el *Himno de las Bacantes*. Con la generosidad que le es propia, el señor Torres Abandero nos ha ofrecido también algunas otras de las que conserva inéditas. Por tan bello presente le damos cordiales gracias.

"Atenas."—Surge de nuevo á la publicidad este distinguido colega de la prensa literaria, dirigido ahora por el señor E. Porras Bello. Propósito noble por demás es el que ha inspirado á su nuevo Director la tarea en que viene á empeñarse, en la cual le ayudan competentes colaboradores y á cuyo adelanto y progreso propenderá el público indudablemente.

Deseamos al apreciable órgano literario numerosos y bien cumplidos triunfos.

Trabajo científico.—El señor Doctor L. Pérez Carreño nos ha obsequiado con un ejemplar de su obra titulada «Anotaciones y Advertencias médicas», recopilación de opúsculos anteriores del mismo autor, en los cuales ha estudiado, con su peculiar inteligencia y experimentación habida en largos años de estudio, materias tan importantes como la Higiene del embarazo, tratamiento y profilaxis de la tuberculosis, y en fin, artículos muy interesantes sobre higiene pública y privada.

La sencillez y concisión en que está escrito el trabajo del Doctor Luis Pérez Carreño, hacen todavía más acreedora del aplauso á su obra que, destinada á divulgar en la forma más clara y convincente dichas enseñanzas, ha sido repartida gratuitamente en el país.

Poesías.—Se editan actualmente en nuestros talleres tipográficos las poesías del notable apolonida Eduardo Ortega, muerto en hora infausta para las letras colombianas, á cuyo mayor prestigio tánto contribuyó con su brillante inspiración de poeta y su cáustica pluma de diarista. Al señor Ortega le cupo la honra de ser el fundador de la empresa de *Rigoletto*, en Barranquilla, uno de los periódicos más populares de la República hermana.

Es muy de lamentar que en este volumen no estén comprendidos los versos satíricos del autor, género que cultivó con singular fortuna, pues á la gallardía de la forma, supo unir una visión quevedesca de los seres y las cosas: un chiste suyo volaba como abeja rumorosa del Atica, que ocultase el emponzoñado aguijón entre cálices de flores.

Nuestro distinguido colaborador el doctor Jesús Semprúm realzará la obra con unas hermosas palabras liminares.

El señor Daniel Ortega, que es nuestro huésped, ha hecho elegante selección de las poesías de su hermano, las cuales han de lucir á modo de guirnalda de inmarcesibles rosas sobre el mármol tumular del poeta.

Notas de duelo

Señora Francisca R. de Tinedo

Esta honorable dama, viuda del señor General Bernardo Tinedo Velazco,—quien en vida llegó á ser uno de los representantes más conspicuos de la distinguida sociedad del Zulia, donde ejerció los más altos é importantes puéstos en la política—acaba de fallecer en Maracaibo, después de larga enfermedad. A sus apreciables deudos llevamos nuestra más sentida expresión de condolencia, muy en particular á nuestro querido amigo y colaborador de esta Revista, señor don José Ignacio Vargas Vila y su señora esposa.

Señorita Ana Teresa Frías Sucre

Ha fallecido también recientemente esta distinguida señorita, por lo cual presentamos á su apreciable familia nuestra sentida voz de pésame.



Lo que puede hacer una mujer

Puede decir «no» en cierto tono de voz que quiere decir «sí».

Ella puede hacer en un minuto más que un hombre en una hora y de mejor manera.

Seis mujeres pueden hablar á un mismo tiempo y enterarse perfectamente, mientras que no pueden hacer lo mismo dos hombres.

Ella puede prenderse cincuenta alfileres en el vestido, aunque tenga uno enterrado en la yema del dedo. Ella puede bailar toda una noche, llevando un par de zapatillas dos números menos de su medida y gozar en cada minuto de ese tiempo.

Ella puede llegar á una conclusión sin necesidad de razonamiento y la cual un hombre no atina á resolver sin pensar. Ella puede pasear toda una noche á un *bebé* que llora de cólico, sin expresar el deseo de tirarle por la ventana. Ella se siente fresca como un pepino, metida en un corsé, y el hombre se muere de calor con sólo el chaleco. Ella puede hablar con más dulzura que la miel á una mujer que odie, mientras dos hombres que se aborrecen, se van á las manos antes de cambiarse cinco palabras. Ella puede ir á la iglesia y deciros después cómo estaban vestidas todas las mujeres y referiros al mismo tiempo el texto del sermón. Ella puede, en fin, amenazar á un hombre rabioso con sólo tocarle suavemente la barba, y no hay que pueda dominarle ni con un látigo.





Digno de su fama.—Desde Caracas escribe el Doctor Evaristo Díaz:

«Con frecuencia he hecho uso de la Emulsión de Scott en todos aquellos casos en que está indicada, habiendo obtenido en todos ellos resultado positivos. Por tanto, considero dicho preparado digno de la confianza y fama universal de que goza».



Una enciclopedia de hace 20 siglos

En la Academia de Berlín se conserva un papiro que se encontró rodeado al cuerpo de una momia y que por su carácter de escritura parece datar del siglo II. (A. de J. C.). Pero lo más curioso de semejante documento es que forma una verdadera enciclopedia. En ella figuran por orden alfabético legisladores, pintores, escultores, arquitectos y mecánicos de los más famosos, con datos acerca de la obra ú obras á que deben su fama. Además contiene pormenores de las siete maravillas del mundo, de las islas más grandes, de las montañas más altas, de los ríos más largos y de las fuentes más artísticas.

El texto con que finaliza la enciclopedia es un extracto de una obra más extensa, basada á su vez en los resultados de la investigación alejandrina. La no escasa frecuencia con que en la enciclopedia se citan textos y personajes no conocidos, demuestra lo fragmentariamente que llegaron á nosotros los resultados de dicha investigación. En el papiro á que nos referimos se habla, por ejemplo, de cierto fenicio llamado Abdoraxos, y se dice que fue el que hizo los objetos de arte cerámico encontrados en Alejandría. También se cita á Dorión, inventor de una máquina de guerra que llevaba el apropiado nombre de «acabador de la guerra».

El caso presente tiene mucha semejanza con lo sucedido con la constitución de Atenas. De ésta como de la investigación alejandrina sólo llegaron á nosotros fragmentos y se tardó mucho en tenerla completa.

El grito de "Ahí Viene el Lobo"

Si los sendos discursos de los muchos vendedores de medicinas patentadas fuesen verdad, padecería de los riñones casi todo el mundo, en proporción de diez y nueve en cada veinte personas. Esto sería una cosa horrorosa. Felizmente la mayoría de las nombradas "enfermedades de los riñones" no son más que "desórdenes de la vejiga." Las enfermedades de la vejiga se pueden curar rápida y seguramente.

Las Cápsulas de Aceite de Haarlem

Medalla de Oro

han sido tomadas por más de 200 años para enfermedades de la vejiga. Miles y miles de personas atestiguan la eficiencia maravillosa del aceite de Haarlem para quitar el dolor de la vejiga inflamada ó afectada. Muchas personas que creyeron tener

ENFERMEDAD DE LOS RIÑONES

pero que realmente tenían un "desorden de la vejiga" se han curado rápida y eficazmente tomando las **Cápsulas de Aceite de Haarlem Medalla de Oro.** Si tiene Vd. alguna enfermedad que crea provenga de la vejiga, pruebe una caja de Cápsulas de Aceite de Haarlem Medalla de Oro. Esto le convencerá de su mérito.

EN TODAS LAS BOTICAS

Propietarios: HOLLAND MEDICINE CO., Scranton, Pa., E. U. de A.



Enfermar para curarse

EL DESCUBRIMIENTO QUE HA DE TRANSFORMAR LA CIENCIA MÉDICA SEGUN ALGUNOS FACULTATIVOS.

La medicina emplea hoy procedimientos que, aunque en distinto sentido, son tan ignorantes como los que practicaban nuestros abuelos. La costumbre universal de reducir la temperatura en las fiebres, y aplicar parches y cataplasmas para curar inflamaciones é hinchazones, sólo sirve para entorpecer los esfuerzos que la misma naturaleza hace para curar al enfermo.

Experimentos llevados á cabo recientemente, en los cuales se ha ayudado á la naturaleza aumentando la fiebre, produciendo inflamaciones artificiales, aumentando las hinchazones y forzando las congestiones han producido rápidas y notables curas. El método revolucionario médico está basado en la teoría de que la naturaleza sabe lo que hace al producir fiebres é inflamaciones, pues éstas no son sino armas que emplea para luchar con la enfermedad.

La medicina actual se engaña hasta en los nombres de las enfermedades infecciosas comunes. Es un error, por ejemplo, decir fiebre tifoidea. Debiera decirse enfermedad tifoidea, la cual va acompañada de una fiebre que es el medio de que se vale la naturaleza para curar esa enfermedad. Lo que daña al organismo son los gérmenes de la enfermedad y sus productos; la fiebre, en cambio, le es beneficiosa. El doctor Augusto Bier, famoso médico alemán, ha realizado curas maravillosas de gangrenas y otras enfermedades, con sólo excitar la fiebre y la inflamación de la parte afectada. El sistema consiste en atraer y conservar la sangre en el punto enfermo, el tiempo suficiente para permitir que el tejido dañado tome el alimento necesario. Esto se hace con intervalos frecuentes, produciendo el vacío sobre la parte afectada para atraer la sangre. También se emplean vendajes para el mismo fin, ya sean solos ó en combinación con el vacío.

Recientemente, otro médico ha empleado con mucho éxito el mismo sistema tratando un caso de epilepsia, enfermedad que generalmente es incurable. El paciente era un joven que desde hacía años sufría uno ó varios ataques diarios, y que hubiera muerto á consecuencia de ellos.

El tratamiento consistió en atraer sangre al cerebro, por radicar allí el padecimiento, é inmediatamente mejoró el enfermo hasta el punto de que ahora hace más de quince meses que no ha vuelto á tener ningún ataque.

El introductor del sistema empezó á estudiarlo calculando que la naturaleza no hace ningún esfuerzo inútilmente, ni sin intención determinada, y de ello dedujo que la fiebre que se presenta con casi todas las enfermedades, sólo es un aumento de actividad de la sangre, un esfuerzo de la naturaleza para arrojar la enfermedad.

Para curar un cáncer, el Doctor produjo el vacío en la parte enferma, obligando así á que se hinchase toda la región circundante y la sangre se agolpara. El tratamiento vigorizó grandemente los tejidos, y el cáncer se curó rápidamente.

El profesor Rolli, de Leipzig, y el doctor Melker, famoso investigador médico, han demostrado por medio de experimentos que la fiebre constituye una reacción útil en la mayoría de las enfermedades infecciosas. Sus síntomas dolorosos son el resultado de las toxinas producidas por la infección, pero no se deben á la fiebre. Dichas toxinas son las que quitan el apetito y las que hacen enflaquecer.

La fiebre aumenta la frecuencia del pulso y de la respiración, pero estas reacciones son beneficiosas para las personas de buena constitución, porque apresuran la eliminación de las toxinas. El que una fiebre demasiado alta pueda perjudicar á ciertas personas, no supone, en opinión del doctor Rolli, que la reacción febril sea nociva, y añade que así como la inflamación es el proceso de la adaptación de los tejidos á la lesión local, la fiebre es el proceso de la adaptación á los agentes tóxicos, los cuales pueden ser neutralizados por el desarrollo de anti-toxinas, siendo por lo tanto peligroso en las enfermedades la ausencia de una temperatura alta.

Los derechos de la mujer

¿Sabéis cuáles son los sagrados derechos de la mujer? Hélos aquí:

El derecho de estar siempre dispuesta al bién de purificar los corazones donde el alma acaba de germinar; el derecho de consolar, de rogar y de amar.

El derecho de secar y enjugar las lágrimas, de disipar los enojos cuando apenas han nacido, de conceder al desgraciado un perdón generoso y de serenar la frente de un criminal.

El derecho de velar cerca del lecho de la agonía, de reanimar los corazones á quienes la muerte ya toca; y cuando todas las esperanzas desaparecen, ofrecer celestial esperanza á los ojos ya casi apagados.

El derecho de impedir toda caída demasiado brusca, de arrancar al culpable á su vergüenza, tendiéndole generosa mano, el derecho de consolar á la viuda y al huérfano.

El derecho de llevar el camino de la cruz, los corazones inmaculados de los niños.

El derecho de encender en el corazón la más santa caridad, y de dirigir las almas al cielo, y de abrir á su vuelo, más allá de nuestro empañado horizonte, los campos del infinito.

El derecho de olvidarse de sí misma, de vivir y morir por aquel á quien ama, de embellecer para él esta vida material con su dulce sonrisa y cantos de amor.

Un Alimento Poderoso

EL Aceite de Hígado de Bacalao no contiene principios activos como pretenden algunos fabricantes de medicinas secretas.

Es un alimento como la leche, y los huevos, por ejemplo; y de la misma manera que á nadie que tenga que alimentarse con leche y con huevos se le ocurriría sustituir estos alimentos con cosas que se dijesen contener sus principios activos, así aquellas personas que para nutrirse y engordar tienen por necesidad que tomar el Aceite de Hígado de Bacalao, deben de tomar el mismo aceite y no esos preparados secretos que se dicen estar compuestos de sus principios activos.

La parte nutritiva del aceite de hígado de bacalao, es decir, lo que hay en el aceite que fortalece y engorda, es la grasa especial que el aceite contiene en su combinación natural.

Es, por tanto, un error de los enfermos tomar botellas y más botellas de esos preparados que se anuncian como preparaciones sin sabor, compuestas de los principios activos del Aceite de Hígado de Bacalao, las que no contienen ni una sola gota del aceite y no son otra cosa que mezclas de substancias extrañas á él, en las cuales predomina el alcohol y que carecen en absoluto de todas las propiedades que han hecho del Aceite de Hígado de Bacalao el alimento más poderoso que existe.

Los enfermos atacados de Tísis, de Anemia, de Escrófula, Raquitismo y otras afecciones que exigen el uso continuado del Aceite de Hígado de bacalao, como alimento, deben siempre tomar

La Emulsión de Scott

que está compuesta del aceite más puro y que ha sido recomendada por más de 35 años por todos los médicos del mundo como la única forma en que debe tomarse el Aceite de Hígado de Bacalao, por ser así mejor tolerado por el estómago, más digerible y más asimilable, y que permite el uso libre del Aceite de Hígado de Bacalao tanto en las estaciones frescas del año como en las de riguroso calor, sin perjuicio para las funciones digestivas del enfermo.



SCOTT & BOWNE, Quimicos
Nueva York

M

CONTRA la TOS
las BRONQUITIS, los CATARROS CRÓNICOS
los Médicos más eminentes recetan las
CÁPSULAS COGNET
Remedio insuperable contra las
ENFERMEDADES DEL PECHO
PARIS, 43, Rue de Saintonge, PARIS Y FARMACIAS.

HIERRO QUEVENNE
CURA:
ANEMIA
FIEBRES, DEBILIDAD
El más economico
y el único inalterable.
14, Rue des Beaux-Arts, PARIS.

PATE EPILATOIRE DUSSER destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Exito**, y miliares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en **cajas**, para la barba, y en 1/2 **cajas** para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el ***PILIVORE.*** **DUSSER.** 1 rue J.-J.-Rousseau. Paris

Rarezas de las mareas

Muchas personas creen, porque así se dice generalmente, que la marea sube y baja dos veces cada veinticuatro horas y que estos movimientos dependen de la luna. Pero muchas veces sucede que se va á un punto de la costa donde no hay marea, y el que no sabe á qué atribuirlo se pierde en conjeturas.

Para hablar con exactitud, sólo hay un océano en el mundo donde las mareas sigan á la luna con absoluta seguridad. Este mar es el que llena la gran cuenca del Antártico, y la razón de ello se debe á que allí hay una gran extensión de agua sin tierra ninguna que la interrumpa. La enorme ola, levantada por la atracción de la luna, corre alrededor del mundo, al sur del cabo de Hornos y del cabo de Buena Esperanza, sin encontrar ningún obstáculo que la rompa. En el hemisferio norte cortan esa ola grandes masas de tierra, y combinado esto con la poca profundidad de los mares interiores, se producen fenómenos muy raros.

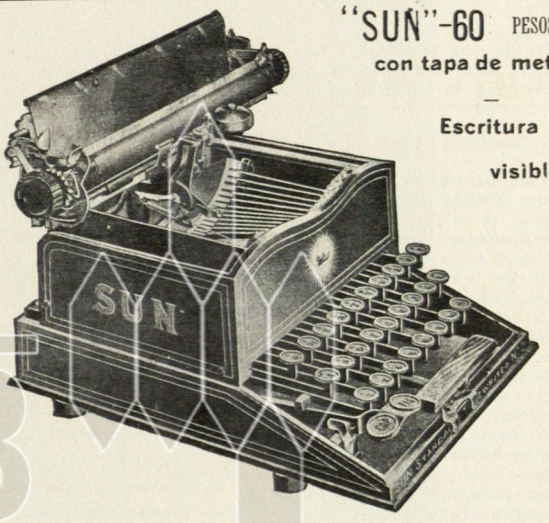
La profundidad del agua tiene mucho que ver con las irregularidades de la marea. En el mar abierto y cuando la profundidad es muy grande, la velocidad de las olas es sorprendente, pero cuando la profundidad decrece, se aminora también la velocidad de la marea. En Inglaterra, por ejemplo, que está rodeada de mares estrechos y cortados por tierras, se forman corrientes terribles y se producen peligrosas mareas. La corriente más formidable es la que forma el vórtice que hay entre las islas de Jura y Scarba, al oeste de Escocia. Allí corre el agua con una velocidad sólo comparable con la de un torrente de las montañas.

La fuerza de una marea fuerte produce fenómenos muy notables también al alcanzar la desembocadura de un río caudaloso. En el Amazonas, cuando sube la marea, se ve avanzar río arriba una pared de agua que llega de orilla á orilla, y que mide diez metros de altura.

COLEGIO AMÉRICA
FUNDADO EN 1894
Admite alumnas internas, semi-internas y externas.
PROSPECTO GRATIS A QUIEN LO PIDA A LA DIRECTORA,
Berta M. Meyer.
La Victoria—Venezuela.

SOLUCIÓN PAUTAUBERGE
al Clorhidro-Fosfato de Cal Creosotado
El remedio más eficaz para curar las **ENFERMEDADES DEL PECHO**, las **TOSES RECIENTES Y ANTIGUAS**, las **BRONQUÍTIS CRÓNICAS**
L. PAUTAUBERGE, 9bis, Rue Lacuée, París Y LAS PRINCIPALES BOTICAS
Desconfiarse de las imitaciones y exigir la Firma L. PAUTAUBERGE

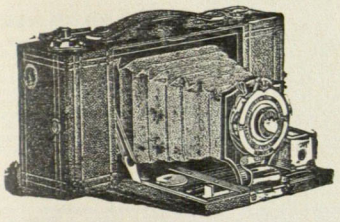
NO MÁS
ACEITE DE HIGADO
de bacalao
TÓMESE EL
VINO GIRARD
de la Cruz de Ginebra
SUS HIJOS
SU ESPOSA
UD. MISMO
gozarán de mejor salud.
El VINO GIRARD es recetado por más de 30.000 médicos en la
ANEMIA
CONVALECENCIA
DEBILIDAD GENERAL
BRONQUITIS
Y PARA LOS NIÑOS cuyo crecimiento puede inspirar cuidados.
A. GIRARD, 22, Rue de Condé, PARIS
En las principales droguerias y farmacias.

(Escribir en máquina es lo moderno por la economía y comodidad.)
Almacén de
MAQUINAS DE ESCRIBIR Y MATERIALES
Agencia exclusiva para todo Venezuela de la maravillosa: máquina
"SUN"-60 PESOS.
Tiene muchas de las ventajas de las de 150 pesos, como escritura visible, etc. Imposible de descomponerse y por esto conviene para el interior.
MATERIALES, REPUESTOS, Y ACCESORIOS
para toda clase de máquinas, siempre en existencia.
Se solicita correspondencia.
E. Arvelo & Phelps.
Caracas, Traposos á Colón 33.


"SUN"-60 PESOS,
con tapa de metal
—
Escritura visible.

Contra los maridos divertidos

Las autoridades de Uelzen (Luneberg), han dictado una disposición que ha gustado más al bello sexo que al feo. Los maridos deben estar recogidos en su casa á las once, so pena de pagar una multa equivalente á dos pesos, cuya mitad es para la persona (seguramente la esposa) que haga y pruebe la denuncia.


ALMACEN DE
MATERIALES FOTOGRÁFICOS
ENRIQUE ARVELO & PHELPS
Traposos á Colón 33—Teléfono 1.745—Caracas
DEPÓSITO DE LA
Eastman Kodak Company
la fábrica más importante en el mundo de máquinas fotográficas y materiales.
Gran existencia de todo lo que necesita el fotógrafo aficionado ó profesional.
Máquinas «KODAK» de película: Brownie Nº 1-Bs. 10, Nº 2-Bs. 20, Bulls Eye Nº 3-Bs. 50, Plegadizas Número 1-Bs. 60, Número 1 A-Bs 80, Número 3 A-Bs. 120.
Máquinas «KODAK» de placas y películas rígidas: Premoette-Bs. 30, Premo Número 4-Bs. 40, Pony Premo (4×5) Bs. 80, (5×7) Bs. 120.
Con gusto remitiremos Catálogo completo de máquinas y materiales «KODAK», bellamente ilustrado y escrito en español.
Películas Kodak—Placas Cramer, Standard, Seed—Papel Velox, Solio, Lumiere—Productos químicos—Trípodes—Tanques Kodak para revelar películas á la luz del día.
Se solicita correspondencia con todos los aficionados de la República y se les ofrece aconsejarlos y enseñarlos por correspondencia, contando para ello con la colaboración de un afamado profesional á quien hemos contratado especialmente para la enseñanza de aficionados.
El único verdadero Almacén fotográfico que hay en Caracas.

Chascarrillo

Confesábase una señora y se acusó de que se pintaba el rostro.

—Y por qué se pinta? le preguntó el cura.

—Porque se me figura que me hace más hermosa.

—Y ¿se ha pintado esta mañana?

—Esta mañana no, porque no he querido acudir con afeites al tribunal de la penitencia.

El cura salió del confesonario, la miró á la luz de la lámpara, y le dijo:

—No se vuelva usted á pintar, señora: está usted tan hermosa así, que en cuanto usted acabe de confesarse, me voy á confesar yo.


AVISO Á LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS DRES JORET Y HOMOLLE
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
Fcia G. SEGUIN, PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

¿Cuántos colores hay?

Chevreul en su magnífica clasificación, anotó más de catorce mil, y realmente, si no podemos distinguir esta variedad infinita de matices, es porque nos faltan palabras con que expresar la diversidad sin fin de sensaciones visuales que recibimos.

Sin embargo, sería de gran utilidad una terminología precisa de semejante materia, no sólo para los artistas y literatos, sino muy especialmente para los sabios que necesitan determinar con precisión los colores, ya se trate de un insecto, de una flor, ó de un hongo, bien tengan que expresar la tonalidad de la piel de un órgano, de una mucosa, de una secreción ó de las fases de una reacción química un poco delicada.

El Congreso internacional de psicología de Ginebra ha decidido emprender el estudio de la escala general de los colores. El trabajo está comenzado y el «Código de los colores», debido á la colaboración de un químico de los Gobelinos, M. Valette, y de un hábil editor de arte, M. Klincksieck, permite ya designar fácilmente dos mil matices distintos.

Varia

El alquitrán de carbón suministra 16 tonos de azul, otros tantos de amarillo, 12 de color de naranja, 9 de color violeta y otros muchos colores y grados.

DR. DIEGO MEZA

CIRUJANO DENTISTA

CON DIPLOMAS DE VENEZUELA Y LOS E. E. U U.

Especialista en *prótesis*, garantiza sus trabajos por 6 años.

Exito inofensivo en las extracciones con su anestésico «*Leal*». Rigurosa antisepcia.

Enseñanza profesional y agencia de «El Cirujano Dentista» por el Dr. J. Rojas y Quintana para el estudio de la profesión.

Coliseo á el Corazón de Jesús. Nº 60.

Teléfono: 1.036.

Caracas–Venezuela.

EL PRIMER TOMO DE LA

"Historia Contemporánea de Venezuela"

POR EL DR. FRANCISCO GONZALEZ GUINAN

Está á la venta en

LA EMPRESA EL COJO

y en LA LIBRERIA ESPAÑOLA

Precio para Caracas ..... Bs. 10

" " el Interior ..... Bs. 12

Propiedades del Avena-Cacao

El **Avena-Cacao** fabricado por los señores **Fullié & Ca.** marca **La India,** es un producto inmejorable é indispensable para todas las familias, es el mejor alimento para sanos y enfermos y un seguro preservativo contra las afecciones del estómago y del intestino, tan frecuentes y fatales en estos países tropicales. Es un producto cuidadosamente elaborado por medio de procedimientos científicos y que por su afortunada combinación de la flor de Avena con nuestro tan acreditado Cacao de Chuao y Ocumare, ha dado los mejores resultados como un alimento sano y completo, lo que certifican las recomendaciones de los mejores médicos de Caracas.

El **Avena-Cacao** marca **La India,** se vende en cajitas de 20 cubos ó sean veinte tazas grandes de esta sabrosa bebida. **Su valor 4 reales.**

LA

Phosphadine Fullié

es un alimento completo

DE FACIL DIGESTION

PARA TODAS LAS EDADES DE LA VIDA

Producto recomendado por los primeros facultativos de Europa y de las Américas

Alimentación natural de los niños

Nutrición de los convalecientes

En el raquitismo y en la anemia

Embarazos y dentición

En las diarreas y afecciones intestinales

Precio en toda Venezuela:

Pote grande..... Bs. 2,50

Id. pequeño " 1,50



PHOSPHADINE FULLIE es el alimento indispensable para niños, enfermos y ancianos

De venta en los principales establecimientos de la República

PILDORAS DE ORO Ó EMENAGOGAS

CONTRA LOS DOLORES DEL VIENTRE

alivio inmediato, curación rápida de los trastornos del aparato sexual

DE LA MUJER.

JARABE TONICO FERRUGINOSO

cura la anemia, la clorosis, etc., sin distinción de sexo ni edad, gusto agradable, en su clase es de lo mejor que se prepara en el país.

NINGUN SIMILAR EXTRANJERO LE SUPERA.

DE VENTA EN TODAS LAS BOTICAS DE LA REPUBLICA

Por mayor en casa del autor Dr. Carlos Meyer

La Victoria–Venezuela.

CHLOROSIS (*Colores pálidos*) ANEMIA LEUCORREA (*Flores blancas*)

LICOR DE LAPRADE

con *Albuminato de Hierro*

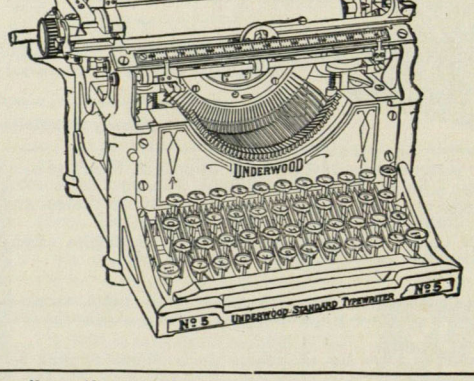
APROBADA POR LOS MEDICOS DE LOS HOSPITALES (MEDALLAS DE ORO)

Es el mejor de todos los Ferruginosos para la curación de todas las enfermedades provinientes de la *Pobreza de la Sangre.*

PARIS, COLLIN y Cie, *49, Rue de Maubeuge,* y en las farmacias.

"UNDERWOOD"

La Reina de las Máquinas de Escribir



Agentes Generales para Venezuela

ENRIQUE ARVELO & PHELPS

CARACAS

Bs. 580, la más cara de todas,

pero el exceso en precio está mas que pagado con su gran durabilidad y multitud de ventajas sobre toda clase de máquinas. Siempre ha ganado los primeros premios en todas las exposiciones internacionales. A solicitud gustosamente mandaremos catálogos y una lista de las personas en Caracas que usan la "UNDERWOOD", junto con otros datos interesantes.

Rapidez—Economía de tiempo: Se escribe 3 á 5 veces más rápido que con la pluma.

Escritura legible: Desaparecen las malas é ilegibles escrituras.

Buen efecto: Da importancia á la casa que la usa.

Varias copias: Se pueden hacer hasta diez copias á la vez, usando papel carbón.

Reproducción: Combinada con el Duplicador "Underwood" se puede hacer *hasta 2.000 copias* en una hora.

ALMACÉN DE

Máquinas de Escribir y Materiales

Traposos á Chorro Teléfono 1.746